BANCO CENTRAL DE LA REP. DOM.
-DONADO-
DEPARTAMENTO CULTURAL

OBRAS PREMIADAS
1998

Obras premiadas

Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral

1998

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Departamento Cultural

1999

Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural.
Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1998:
Obras premiadas / El Banco. Santo Domingo: Banco Central, 1998.
115 p. : il.

ISBN 84-89953-20-1

1. Literatura dominicana. 2. Artes plásticas. I. Título

c. 1999
Ediciones del BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Edición al cuidado de José Alcántara Almánzar.
Diseño y arte de la portada: Orlando Abreu/Equis, S.A.
Ilustración de la portada: "El gallero", de Marcela Pérez de Martí.
Ilustración de la contraportada: "Nostalgia campesina", de Robinson Antonio Peña Pérez.

Diagramación e impresión:

Subdirección de Impresos y Publicaciones del
Banco Central de la República Dominicana
C/Pedro Henríquez Ureña esq. Leopoldo Navarro
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

ISBN 84-89953-20-1

CONTENIDO

Presentación 11

PREMIOS DEL AÑO 1998

Primer Premio
Categoría Pintura
"El gallero" 15
Marcela Pérez de Martí

Primer Premio
Categoría Cuento
"Resurrexo" 17
Henry Almonte Diloné

Primer Premio
Categoría Pintura
"Nostalgia campesina" 21
Robinson Antonio Peña Pérez

Segundo Premio
Categoría Cuento
"Ambigüedad" 23
Mirtha Celeste Disla Díaz

Primer Premio
Categoría Escultura
"Fecunda Primavera" 27
Domingo De la Cruz

Tercer Premio
Categoría Cuento
"La imagen de tu corazón" 29
Elvis Soto Batista

Segundo Premio
Categoría Pintura
"Bodegón" 37
Mairena Molina

OTROS PREMIOS DE ESCULTURA Y PINTURA 1998 y NARRADORES INVITADOS: AÑOS 1997, 1996 y 1995

Primer Premio 1997
Categoría Cuento
"Al filo del destiempo" 41
Juan Manuel Prida Busto

Segundo Premio 1998
Categoría Pintura
"Bodegón de naranjas" 51
Robinson Antonio Peña Pérez

Primer Premio 1996
Categoría Cuento
"La nueva Era" 53
Luis José Bourget García

Segundo Premio 1998
Categoría Escultura
"El muro de Berlín:
El paso a la libertad" 59
Domingo De la Cruz

Primer Premio 1995
Categoría Cuento
"Suicidario" 61
Henry Almonte Diloné

Tercer Premio 1998
Categoría Pintura
"Casita de campo I" 67
Geraldo Pimentel Ramírez

Segundo Premio
Categoría Cuento 1997
"Sueños enmarcados" 69
Juan Manuel Prida Busto

Tercer Premio 1998
Categoría Pintura
"Evolución del arte" 73
José Alberto Jiménez

Segundo Premio
Categoría Cuento 1997
"Y en la tarde, también
recoge azucenas" 75
Luis José Bourget García

Tercer Premio 1998
Categoría Escultura
"Sacrificio" 81
Federico M. Peña M.

Segundo Premio 1996
Categoría Cuento
"Réquiem" 83
Henry Almonte Diloné

Mención de Honor 1998
Categoría Pintura
"El paraje" 89
Marcela Pérez de Martí

Segundo Premio 1995
Categoría Cuento
"Las dagas del deicidio" 91
Juan Manuel Prida Busto

Mención de Honor 1998
"La espera" 95
Emilia Linares

Tercer Premio 1997
Categoría Cuento
"La conclusión de Veraldorso Soto" 97
Ramón Echavarría

Mención de Honor 1998
Categoría Pintura
"Bodegón en pastel" 101
Celina Fondeur

Veredicto 103

Apéndice 109
Notas biográficas de los autores

PRESENTACIÓN

Por su enorme significado acerca de la condición humana, deseo iniciar estas palabras repitiendo una anécdota de ese gran maestro de la civilización helénica y universal que fue Sócrates, reproducida por Italo Calvino en un indispensable libro de ensayos, titulado *Por qué leer los clásicos*. Cuentan que "mientras le preparaban la cicuta, Sócrates aprendía un aria para flauta. '¿De qué te va a servir?', le preguntaron. 'Para saberla antes de morir'," contestó el filósofo. Esa respuesta, tan inesperada como elocuente, encierra el misterio de la especie humana: somos los únicos seres sobre el planeta capaces de aprender por el conocimiento mismo, sin otra motivación que la de saber, descubrir e inventar; acumulando, gracias a la inteligencia creadora, al lenguaje y al pensamiento, múltiples experiencias que revelan la infinita riqueza de nuestro ingenio.

En esta tarde de diciembre, a pocas semanas de la Navidad, nos encontramos aquí reunidos para reconocer públicamente los méritos del talento y la dedicación al arte y la literatura en sus diversas manifestaciones. El grupo de personas galardonadas hoy constituye un magnífico ejemplo de entrega al trabajo creativo y búsqueda de nuevas rutas de interpretación de la realidad cultural de nuestro país.

Estoy seguro de que para los hombres y mujeres que dentro de poco recibirán un merecido reconocimiento por sus trabajos, lo primero fue el deleite del aprendizaje, siempre en ascenso, que como en el caso de Sócrates, proveen las ciencias y las artes. Lo segundo fue competir en condiciones

de equidad, midiendo su potencial y sus logros. Por último, la satisfacción de que sus esfuerzos iban a ser recompensados con certificados y retribuciones en metálico, que deben ser recibidos con alegría y humildad, como un reto y un compromiso para seguir ofreciendo más y mejores muestras de su labor. A los que participaron y no han resultado triunfadores, les exhorto a perseverar y concurrir con nuevos trabajos de más alta calidad el año próximo, con fe en alcanzar sus metas.

Los premios de Arte y Literatura Bancentral se mantienen merced al auspicio de las autoridades de la institución, encabezadas por el Lic. Héctor Valdez Albizu, Gobernador, que comprenden la importancia del estímulo al trabajo de creación. En nombre de todos, doy las gracias por ese decidido respaldo.

El jurado del Concurso de Arte y Literatura, integrado por la crítica de arte Marianne de Tolentino, el printor Alberto Bass, la pianista Aída Bonnelly de Díaz, los escritores José del Castillo y Miguel Reyes, así como quien esto escribe, en interés de preservar el nivel del certamen, ha resuelto declarar desiertos los tres premios en la categoría de poesía, y ha recomendado que las sumas destinadas a los mismos sean otorgadas a igual número de galardonados en la categoría de pintura, debido a la calidad y variedad de las obras presentadas este año.

El jurado desea dejar constancia de su satisfacción por la factura de buena parte de los trabajos presentados en pintura. Es probable que esta notable mejoría en las obras sometidas a concurso sea el resultado de los talleres que se han venido realizando, tanto en el Departamento Cultural como en el de Pensiones y Jubilaciones, destinados al personal activo como pasivo de la institución.

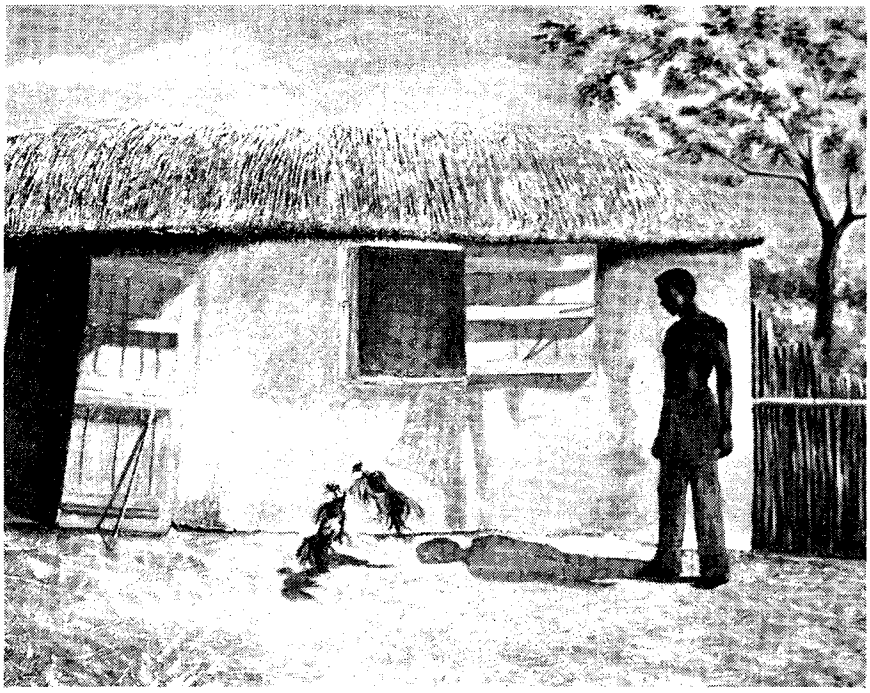
Para responder al reclamo de quienes están interesa-

dos en textos ganadores de años anteriores, este libro recoge, como invitados, a los premiados en primero y segundo lugares en la categoría de cuento durante los años 1997, 1996 y 1995. Se trata de una especie de antología de concursos precedentes que permitirán un balance retrospectivo de nuestro Concurso Anual de Arte y Literatura.

José Alcántara Almánzar

Director del Departamento Cultural

(Fragmento de las Palabras pronunciadas durante el Acto de Premiación de los Concursos de la Biblioteca "Juan Pablo Duarte" y "Arte y Literatura Bancentral 1998", el día 7 de diciembre de 1998).



Primer Premio Pintura
"El gallero"
Marcela Pérez de Martí

PREMIOS AÑO 1998

Primer Premio

Resurrexo

Henry Almonte Diloné

Cuando la noticia apareció en el periódico pocas personas se percataron de la misma; casi podría decirse que se trataba de una publicación subrepticia, tanto por lo escueto del texto como por su discreta ubicación, en la esquina inferior izquierda de una página interior, en la tercera sección, de un matutino de escasa circulación nacional.

Sin embargo el caso ya era teóricamente de dominio público; por si le quedaba algún vestigio de duda, allí estaban consignados sus datos personales: la profesión del hombre fallecido coincidía con la suya, lo mismo que su nombre y apellido en letras negritas, así como el apodo familiar que entre paréntesis y en letras cursivas se destacaba en el pequeño recuadro, a dobles líneas, que servía de marco a su sencilla esquela mortuoria.

Se palpó entonces los bíceps suavemente cruzando los brazos sobre su pecho, procurando resucitarse, y en su cabeza una interrogante tomó cuerpo en forma de sospecha: "*¿Seré yo realmente?... ¿Habré rendido la última jornada?...*".

Sus sospechas comenzaron a despejarse cuando comprobó atónito que la fecha de nacimiento digitada debajo dè su nombre, coincidía con aquella en la que le habían cele-

brado tantos cumpleaños y que la foto 2 x 2, en blanco y negro, medio desteñida, que se insertaba en la esquina superior derecha, tenía un extraño parecido con el joven que él una vez fue.

Algo le decía que él era el protagonista en la escena final de su existencia; que no era casual que debajo de su nombre alguien escribiera aquellos versículos que tanto le gustaban de la Carta de Pablo a los Filipenses "*...porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia*".

Definitiva y necesariamente el asunto tenía que ver con él, porque allí estaban los nombres de sus deudos mas cercanos manifestando el más expresivo agradecimiento, tanto al personal médico y paramédico que luchó tenazmente por preservar su vida, como a todas aquellas personas que de una u otra manera (mediante cartas, telegramas, faxes, cadenas de oración, llamadas telefónicas y otros medios...), se unieron a su dolor en aquellos momentos tan difíciles y mostraron su solidaridad con su inolvidable familiar ido a destiempo.

Sí, la cosa tenía que ver con él, porque en el texto de la esquela, cuidadosamente redactada, además de decir que su partida constituía una pérdida irreparable, se invitaba a parientes, amigos y relacionados, a participar en unos oficios religiosos, precisamente en el templo al que él asistía, religiosamente, todos los domingos.

Una extraña sensación de vacío lo fue penetrando como sonda indefinible, al tiempo que en sus pupilas ausentes se dibujaban aquellas siglas que en una época tanto lo intrigaron R. I. P. (Requiescat In Pax).

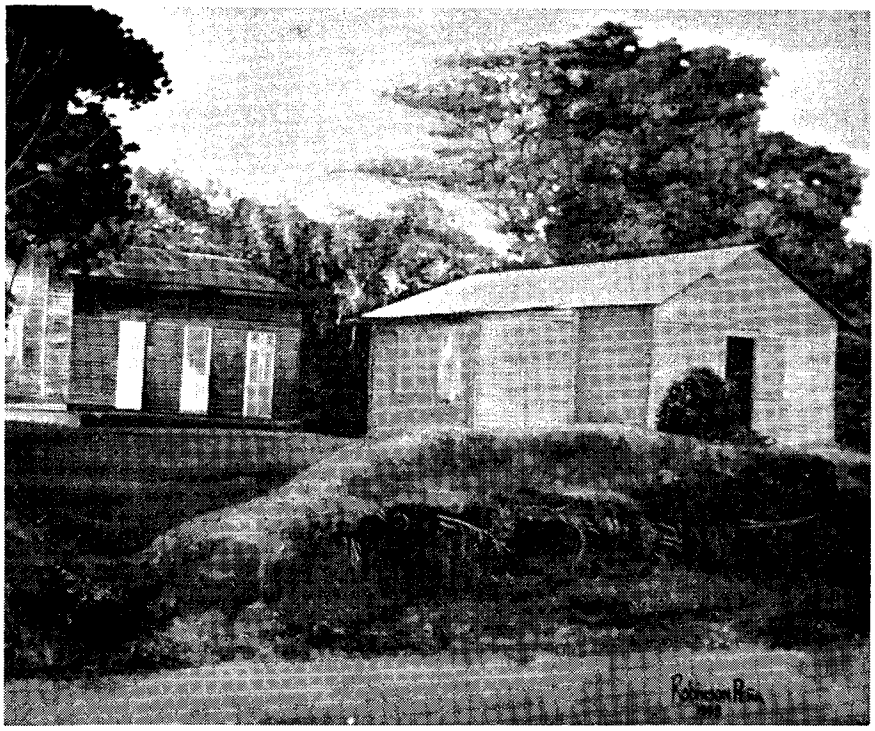
Indudablemente la cosa era con él o por lo menos era de su incumbencia, pues no encontraba una explicación satisfactoria al hecho de que sobre su nombre se colocara una cruz con dos trazos negros (vertical y horizontal), que

proyectaban una ligera sombra gris sobre el recuadro; ni que en la esquina superior izquierda alguien sugiriera dibujar una paloma desde la cual salían líneas semejando rayos que cubrían gran parte del texto de la esquela.

Tuvo que admitir que la cosa era con él, pero la situación era en ciertos aspectos tranquilizante, porque en la esquela se daba cuenta que el difunto había rendido cuentas a tiempo, de modo que falleció en olor de santidad luego de haber recibido los santos sacramentos.

Los últimos intentos por evadir la dimensión de la realidad en que se encontraba se desvanecieron por completo cuando se percató de que sus restos estaban expuestos, coincidencialmente, en la misma compañía funeraria que prestaba sus servicios a los miembros del personal de la empresa en que él laboraba.

Un raro sopor lo invadió paulatinamente al comprobar que habían escogido una hora tan calurosa como aquella, a prima tarde, para depositarlo en la morada en que dormiría su sueño eterno; un sueño eterno que terminó cuando su Jefe, con voz imperiosa pero que a él le pareció tan agradable, le dijo tajantemente mientras lo tocaba por sus hombros: "*¡Levántate y anda!... a trabajar, que se acabó la hora del receso*".



Primer Premio Pintura
"Nostalgia campesina"
Robinson Antonio Peña Pérez

Segundo Premio

Ambigüedad

Mirtha Celeste Disla

Arévala Domínguez sintió cómo su cerebro era traspasado por los gusanos de la duda, y se dijo a sí misma que había llegado el momento de tomar las riendas de su vida.

Era el tiempo adecuado para tomar sus decisiones, pero ¿qué más podía hacer?, sólo ella vislumbraba los negros nubarrones en su horizonte, que convertían su vida en charcos de aguas estancadas; estaba convencida de hacer lo adecuado, pero no veía con claridad hasta dónde llegaban los tentáculos que oprimían su mente.

Todo estaba muy claro, iba a actuar contra todos los principios que su familia había depositado en ella. Su padre, un hombre de gran estima y honestidad, nunca aceptaría la acción que su hija llevaría a cabo.

Estaba al borde del histerismo y únicamente su deseo de hacer todo lo más inadvertidamente posible, la detenía en manifestar aquella angustia que se alimentaba de su propia debilidad, cual hurones listos para devorar una presa indefensa.

Llena de desesperación, salió de la casa y pasó por las calles de su niñez, sin ver nada ni a nadie. Movía sus pies de forma autómatica. Los sentía llenos de un líquido negruzco de forma tan real, que varias veces miró hacia atrás para ver el color de sus huellas.

Caminó y caminó, retornando a su hogar en la noche,

evadiendo la mirada sencilla de sus padres, segura de que jamás los defraudaría.

Al preguntarle dónde estuvo toda la tarde, les contestó que paseando, y debido a que no tenía hambre y le dolía la cabeza, iba a acostarse temprano.

Aquella fue su peor noche. La inquietud estaba en la cama a su lado, espalda con espalda, y arropada en la misma sábana de incertidumbre. Su olor nauseabundo no la dejó dormir, pues ambas tenían el mismo movimiento, pero al amanecer chocaron de frente y se dijo una vez más que era lo correcto, si no se vería afectada para siempre, en su empleo, en la universidad, en todas partes se sentiría como una mujer marcada y aquello no lo soportaría.

A las seis de la mañana, después de haber visto marcharse a los monstruos devoradores de sueños, terminar con los suyos y dejarla indefensa frente a su propia realidad, decidió levantarse provocando la extrañeza de su madre y sus preguntas de qué hacía levantada tan temprano si estaba de vacaciones. En un murmullo culpable le explicó que visitaría a su hermana casada, residente en el pueblo, y presa de su mentira procedió a bañarse, vestirse y comer algo con desgano para no despertar suspicacias, y con una sonrisa falsa se despidió de sus seres queridos.

El camino hacia la parada le resultó eterno. Vio su pueblo con ojos de quien está enfermo y agoniza, tratando de memorizarlo en todos sus detalles. Sus pasos se dirigieron sin premeditación al idílico jardín de sus juegos de niña, donde entraba a escondidas cuando su dueño, don Javier, no se encontraba en la casa. Se recostaba en la hierba, mirando las nubes del cielo, y a cada una de las hermosas flores las había bautizado con un nombre especial, distinguiéndolas unas de otras. Ése era su secreto más preciado. Por eso fue hacia allá, en busca de consuelo, como tantas veces, pero ella

desconocía lo que enfrentaría. Nada era lo mismo, sólo vio flores mustias, y el pasto amarillento que no se correspondía con sus recuerdos. Se recriminó internamente por haber acabado con una de las mejores vivencias de su niñez. No fue consciente de que todo era igual. Ella era la que había cambiado. Salió sin mirar atrás en busca de su incierto destino.

El autobús estaba casi vacío. Se sentó bien atrás para que al conductor no se le ocurriera hablarle. Abrió la cartera y contó varias veces el dinero. Estaba segura de tener la cantidad correcta; lo había ahorrado de una forma obsesiva, otorgándole valor a cada centavo: ni el Rey Midas lo hubiese hecho mejor.

Apartó con sus manos imaginarias estos pensamientos llenos de oscuridad, que oprimían su alma, como una naranja a la que se extrae el jugo y se bota el bagazo en el cesto. Se concentró en el paisaje y trató de dejar su mente en blanco.

En el pueblo dejó el autobús y con lentitud arrastró sus pies hacia la oficina que había visto la última vez que estuvo allá. Giró la cabeza imperceptiblemente cuando su piel sensible se sintió violada por la mirada de todas las personas que pasaban a su lado y se preguntó si realmente podían captar la profundidad de su inminente caída.

Cuando estuvo frente a la puerta, echó una última ojeada a los hurones que la habían acompañado en su viaje. Les ordenó que se quedaran afuera y los vio cambiar de aspecto, pues su deseo era torturarla hasta el final.

Habló con la recepcionista y se sentó con timidez, sin levantar la cara, segura de que sería la primera muchacha de su pueblo en hacerlo. Le dijo adiós a sus padres en su mente y pidió a los cielos que la comprendieran y la perdonaran.

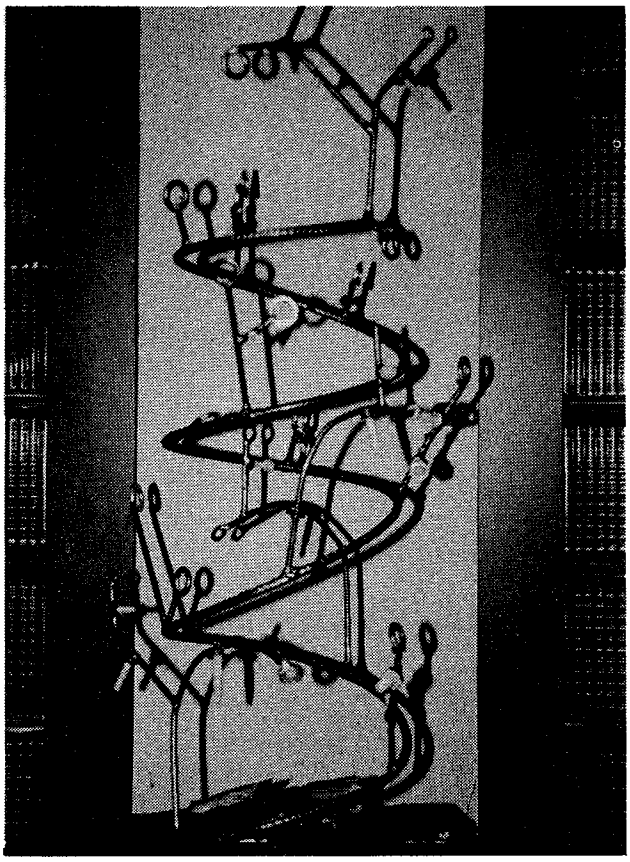
Estuvo media hora esperando su turno y se sobresaltó

al oír su nombre y a la joven que le señalaba la oficina. Entró y lo vio sentado en su escritorio, ajeno por completo al gran sacrificio que esto significaba para ella.

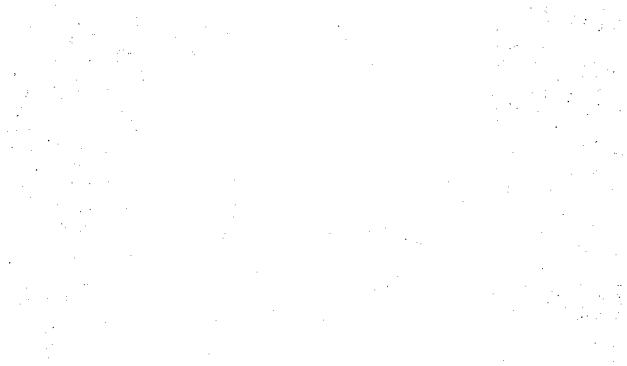
—Buenos días, señorita, ¿en qué podemos ayudarla? –preguntó con voz serena y profunda, que resonaba como mil ecos en su interior.

Abrió la boca, no le salían las palabras, tragó dos veces, y un mareo recorrió su cuerpo. Tomó valor y le respondió:

—Buenos días, he venido a cambiar mi nombre.



Primer Premio Escultura
"Fecunda primavera"
Domingo De la Cruz



Tercer Premio

La imagen de tu corazón

Elvis Soto Batista

Don Miguel Pérez era un hombre joven y de mucho prestigio político en el pueblo. Su esposa Rosa Sánchez era una mujer joven, hermosa y profesional. El hijo de ambos, Jean, tenía dos años y era precioso. La vida le sonreía a esta familia. Rosa tenía un embarazo de ocho meses y medio que había sido perfecto; estaba anunciado que sería una niña, que Rosa decidió llamar Brenda. Faltando pocos días para el nacimiento de Brenda, Jean enfermó gravemente, por lo que Rosa se pasaba las noches junto al niño pidiéndole a Dios que cuidara de él. Una mañana Rosa sintió que estaba a punto de dar a luz. Una hora más tarde, en el hospital del pueblo llegaba al mundo una nueva vida. El niño recién nacido tenía una piel nunca antes vista: era tan verde como un pino, de ojos azules como las aguas del mar y con cabellos largos y amarillos como los rayos del sol. Era un niño de tamaño normal y perfecto físicamente hablando. Mientras tanto, en la casa, Jean se había curado como por arte de magia.

Estando Rosa en la habitación le llevaron al recién nacido. Cuando vio aquel niño su rostro palideció; incrédula preguntó: "¿Dónde está la niña?" El pediatra que había recibido al niño le dijo: "No es niña, es un niño y te lo estoy presentando." Rosa estalló en lágrimas repitiendo una y otra vez por qué Dios le había hecho eso a ella. Minutos más tarde Miguel entró a la habitación para ver a su niña. Cuan-

do vio aquella criatura miró de forma interrogante a Rosa. Ella bajó la cabeza y entre sollozos le dijo: "Miguel, ése es tu hijo." Miguel, sin pronunciar palabra, salió del cuarto. Comenzaron a llegar los familiares y amigos a ver al nuevo integrante de la familia Pérez Sánchez y todos salieron de allí aterrorizados. Se corrió la voz en el pueblo sobre este fenómeno y el hospital se convirtió en el punto de encuentro de los curiosos. Miguel se indignó tanto que decidió llevarse para la casa a su esposa y a su hijo.

Los meses transcurrieron. Mientras tanto el niño crecía y sus condiciones físicas eran inmejorables. Sus extraños colores se hicieron más intensos, su comportamiento era inexplicable: nunca lloraba. Cuando la madre quería percatarse si estaba despierto o dormía, tenía que acercarse a la cuna. Todo era tan confuso alrededor de este niño que Rosa no permitía que lo sacaran de su habitación. Con el tiempo el padre aceptó al niño, no porque pensara que era hijo suyo, sino porque no podía ser de hombre alguno. Él pensaba que el niño era un aborto de la naturaleza.

La relación del niño verde con su madre era muy inusual. Ella le temía tanto a los extraños colores del niño, que al llegar a la casa ordenó que sacaran la cuna de la habitación de Jean y la pusieran en la que estaba vacía. Habían transcurrido siete meses del nacimiento del niño sin que se sintiera por un segundo el calor de su madre. Rosa había agregado a las labores del servicio limpiar, bañar, vestir y dar de comer al niño verde. En cambio, Jean, desde que el niño verde llegó a la casa, desarrolló una afición inexplicable. A diario pasaba Jean largas horas parado junto a la cuna de su hermano, jugando y riéndose con él. Este comportamiento tenía muy preocupada a Rosa, debido a que Jean era un niño muy inquieto antes de que naciera el niño verde.

Justo un año había pasado desde que nació el niño verde. Miguel, como todas las tardes, llegó a la casa y se sentó en su mecedora a observar cómo la noche arropaba el día y a ver los acostumbrados movimientos de los animalitos al llegar la noche. A él siempre se unía Rosa, quien llegaba con mucho sigilo para no interrumpir aquella armonía. De repente un llanto irrumpió aquella tranquilidad. Rosa, con el rostro lleno de sorpresa, exclamó: "¿Escuchaste lo mismo que yo?" Miguel le respondió: "Yo no he escuchado nada." Rosa entonces dijo: "Me pareció escuchar al niño verde llorar." Miguel la miró con dudas, diciendo: "Tú como que te estas volviendo loca, ese *aparato* –como le decía él— ni eso hace." No pasaron cinco minutos cuando Rosa escuchó de nuevo el llanto del niño. "Esta vez sí lo escuchaste," dijo Rosa a su marido. Éste se volteó a mirarla y dijo: "Ahora sí estoy bien, un extraterrestre como hijo y una loca como esposa." Rosa, haciendo caso omiso a las palabras de su esposo, se puso de pie y se dirigió a la habitación donde se encontraba el niño. Al llegar a la cuna se detuvo frente a él y lo observó. No era visible en el niño verde una sola expresión de que hubiera estado llorando. No obstante, Rosa se quedó parada allí viendo aquellos profundos ojos azules. En ese instante sintió que el niño verde le llamaba mami. Era extraño, no vio que el niño moviera sus labios. De pronto, su cuerpo se estremeció. Los sentimientos maternos inundaron su cuerpo, sintió una extraña energía recorrer todo su cuerpo. Estaba percibiendo una satisfacción que nunca antes había vivido. Tomó al niño en sus brazos y se dirigió al patio. Al llegar allí se sentó en su mecedora a observar al niño. Le parecía ver en su rostro una tierna sonrisa. Rosa comenzó a llorar. Miguel, que estaba ajeno a lo que allí acontecía, miró a su esposa y se sorprendió al ver aquello. "Rosa, ¿te estás volviendo loca? Lleva ese niño para su cama y deja tus

tonterías. ¿Quieres matarme? Déjame descansar. Además, te prohibo que saques ese *aparato* de su habitación. No te quiero volver a ver con esa cosa en tus manos."

Rosa, que había pasado un año sin tocar a su hijo, desde ese día esperaba a que Miguel se fuera a trabajar y se encargaba de su niño. Rosa y Jean se pasaban el día jugando y hablándole al niño. Estela, la doméstica, comentaba con otras personas que en esa familia el único que era cuerdo era don Miguel, pero que tanto la madre como Jean eran unos loquitos, que se pasaban el día hablando con el niño verde como si él hablara. Decía que era todo lo contrario a la relación entre el padre y el niño verde, pues aquél rara vez dirigía su mirada al niño, sentía rabia hacia ese niño que había trastornado su vida. Los obreros temían trabajar en sus fincas; sus familiares y sus amigos se habían alejado. Don Miguel había caído en el anonimato político, su vida se limitaba a cultivar parte de sus tierras, llegar a la casa y sentarse en una mecedora en el patio a ver detenidamente cada uno de los movimientos que se producían allí, e ir a la cama con el temor de engendrar otro hijo. Realmente no existía un motivo para sentir amor por este niño verde que había destrozado su vida.

Pero Rosa y Jean se habían acostumbrado a ser todo risas y felicidad en las mañanas e inicios de la tarde y a estar muy tranquilos en la noche. La casa, antes muy visitada a causa de la posición política y social de Miguel y su esposa, ahora era visitada por personas que querían ver al extraño niño. La mayoría vio frustradas sus intenciones, ya que Miguel había ordenado no dejar entrar a personas extrañas a la casa. Únicamente los vecinos y personas conocidas pudieron observar en más de una ocasión cómo Rosa y Jean hablaban con el niño verde y reaccionaban como si éste les hablara. Lo extraño es que nunca escucharon al

niño emitir sonido alguno, ni siquiera lo vieron hacer señales.

Un día Estela estaba haciendo sus labores y de repente dio un resbalón y cayó al piso. En ese momento apareció el niño verde y caminó hacia ella. Estela intentó ponerse de pie pero no pudo. Estaba nerviosa y creyó tener roto el tobillo. El niño se le acercó y la tocó. Ella sintió de inmediato que se había recuperado y se puso de pie. En ese instante le pasó por la mente que ese niño era una especie de brujo verde. Cuando le daba la espalda para salir corriendo de la casa, Estela escuchó una voz que la llamaba por su nombre. Miró al niño, que sin mover los labios dijo: "No me temas, que no te haré daño. Sé que los problemas de salud de tus hijos te atormentan. Debes confiar en Dios y tus hijos serán sanados." Rosa, que había escuchado la conversación, le dijo a Estela: "Ten fe en lo que el niño te dice."

Al día siguiente Estela llegó con sus hijos a la casa de Miguel. Fue directamente a la habitación del niño verde, lo tomó en sus brazos y lo besó diciéndole: "Mis hijos tenían más de seis meses enfermos y de repente están sanos y salvo; los has curado."

El pasar de los meses trajo consigo el segundo año del niño verde. Para la ocasión Rosa decidió prepararle una fiesta de cumpleaños. Hubo globos, vejigas, piñata, refrescos, bizcocho, helados. Todo este derroche fue compartido por Jean, Estela, Juan y Julio. Estos últimos eran los hijos de Estela. Toda esta actividad se realizó a escondidas de Miguel. Los vecinos murmuraban sobre las risas y los juegos entre los niños. Incluso decían que Estela había sido encantada por el Hijo del Diablo (nombre que dieron los vecinos al niño verde) y que tanto Jean como los hijos de Estela eran sus discípulos. Ajeno a estos comentarios, aquel selecto grupo disfrutó del festejo hasta el cansancio. Fue

tanto el disfrute que todos se quedaron dormidos en el piso de la sala.

Al llegar Miguel a las cinco de la tarde se sentó en su habitual mecedora. El niño verde se le acercó y se puso frente a él. Miguel reaccionó sorprendido. Hacía meses que no lo veía. Estaba tan alto, tenía un rostro hermoso, sus colores contrastaban de una forma increíble. A su mente llegaron en un segundo todos los malos recuerdos y comenzó a llamar a Estela, a Rosa, a Jean, pidiendo que se lo quitaran de allí. Al ver que nadie atendía a sus reclamos, decidió tomarlo por un brazo y encerrarlo en su cuarto. Cuando Miguel tocó el brazo del niño verde sintió algo parecido a un impacto eléctrico. Reaccionó mirándolo de forma desafiante. De los ojos del niño verde salió una mirada dulce y acogedora. De repente Miguel sintió una luz de paz que lo acariciaba. Miguel volvió a sentarse en su mecedora y su rostro se tornó rosado e interrogante. El niño verde continuó acercándose y se sentó en sus piernas. Recostó la cabeza en el pecho de su padre y teniendo como compañía los ruidos de los animales y hojas del patio, se quedaron varias horas en esa posición.

Al día siguiente el niño verde se paró junto al portón de la casa a esperar a su padre y lo recibió con un beso. Miguel dejó salir unas lágrimas que mojaron sus mejillas resecas por la tristeza que lo había embargado durante dos años. Tomó al niño y lo abrazó. A este abrazo se unieron Rosa y Jean. Por quince minutos se quedaron juntos, sin separarse. Fue entonces cuando el niño verde dijo: "Somos una gran familia." Miguel reaccionó sorprendido. Nunca había escuchado hablar al niño. Más aún, no lo vio mover sus labios. Miró de forma interrogante a Rosa, que con un gesto tranquilo y un movimiento de afirmación le hizo entender que todo estaba bien. Minutos más tarde, Miguel y

Rosa se sentaron en el patio, cada uno en su mecedora, y se pusieron a observar a sus hijos jugar. "Realmente somos una gran familia," dijo Miguel. "Siempre lo hemos sido; tú solamente estabas un poco alejado," le respondió Rosa. Miguel entonces agregó: "Es un niño hermoso. Se parece mucho a nosotros y no me había dado cuenta. Es tierno pero tiene mucho carácter. Es un Pérez Sánchez de pura sangre." Desde ese día todas las tardes el niño verde y Jean esperaban a su padre en el portón de la casa.

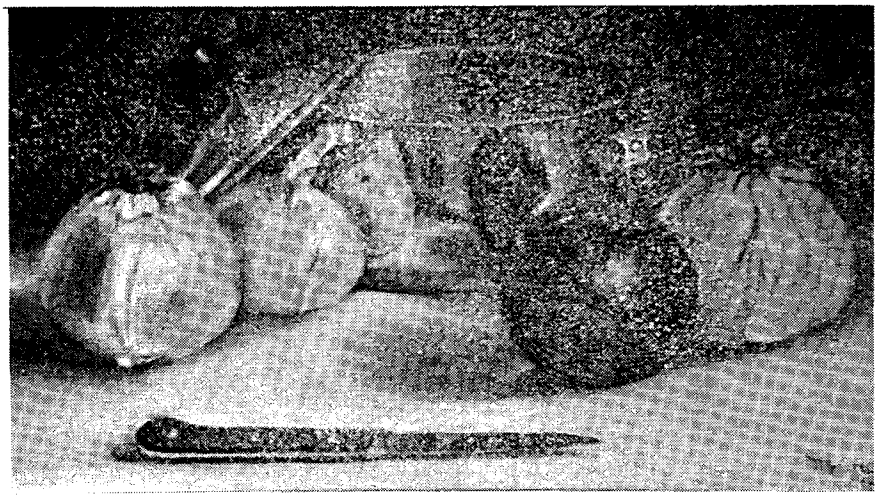
Transcurrieron cuatro años y eran más y más las críticas para la familia Pérez Sánchez, que eran acusados de locos porque hablaban con un niño verde que era mudo. Miguel se había convertido en un hombre feliz y decidió volver a la política, aunque no avanzaba mucho, debido a que lo atacaban por tener un hijo verde. Además se dudaba de su sanidad mental. Pero nada de esto detenía a Miguel en sus afanes políticos. Un día, cuando Miguel llegó a casa, el niño verde se dirigió hacia él y se sentó en sus piernas. Como si supiera qué estaba pensando su padre, le dijo: "Papá, eres un hombre poco común y tus adversarios lo saben. En este sentido debes demostrarles tu ventaja sobre ellos." Las palabras de aquel niño de seis años pusieron a pensar a Miguel. Afloró a su rostro un gesto de aprobación, le dio un beso y dejó al pequeño para dirigirse al local del partido. Desde ese día el liderazgo de Miguel fue otro, convirtiéndose ese mismo año en el político más importante de toda la provincia.

Rosa era muy feliz con la familia que tenía. No obstante, estaba aislada. Había decidido no tener amigos para no escuchar a nadie criticar a su extraño hijo. Un día, mientras jugaba, el niño verde le preguntó a su madre por sus amigos. Ella le respondió que no tenía amigos y el replicó: "Mami, no existe un solo ser humano que viva aislado; todos tenemos alguien a quien consideramos nuestro amigo. Tú tienes que

aceptar a tus amigas para que ellas puedan aceptarme como soy. Pasará poco tiempo y seré uno más para ellas; quizás un poco extraño, pero uno más. Rosa lo observó por largo rato y le dijo: "Eres un ángel." Rosa, siguiendo el consejo de su hijo, empezó a salir y como era la esposa de un hombre tan importante como Miguel, en poco tiempo recuperó su sitial en la sociedad.

Era una familia muy feliz: dos hijos saludables y muy cariñosos, un padre exitoso y una madre encantada con la familia que tenía. Una mañana de enero, el cielo exhibía un hermoso vestido azul: era el cumpleaños numero siete del niño verde. Eran las nueve de la mañana y el niño no se despertaba. Todo estaba listo en la casa, como era costumbre, el día de su cumpleaños: globos, piñata, refrescos, helados, juguetes; todo estaba listo para la celebración, que se extendería hasta horas de la tarde.

Dieron las diez de la mañana y el niño verde aún no se levantaba. Fue entonces cuando Rosa decidió despertarlo con su acostumbrado beso. Al entrar a la habitación la madre cayó de rodillas. Al pasar quince minutos el padre decidió entrar a ver qué ocurría. Los demás, al enterarse de que nadie salía, decidieron entrar. Todo se quedaron petrificados observando al niño verde. Su cuerpo irradiaba una luz templada, unas alas blancas e inmóviles lo mantenían suspendido en el aire. Con su mirada parecía recorrer los pensamientos de quienes lo miraban. Moviendo sus labios por primera vez les dijo: "Hoy son una familia feliz porque escuchan sus corazones. Lo único que hice siempre fue observarlos. Sus logros fueron productos de la fe que tienen en sus corazones. Cuando me escucharon hablar no era mi voz la que les hablaba; lo hacía la voz de sus corazones. Toda la felicidad que persona alguna pueda alcanzar no será más que una simple imagen de su corazón. Al finalizar estar palabras el Angelito Verde visualmente había desaparecido."



Segundo Premio Pintura
"Bodegón"
Autor: *Mairena Molina*

OTROS PREMIOS DE ESCULTURA Y PINTURA 1998
NARRADORES INVITADOS

Primer Premio Cuento 1997

Al filo del destiempo

Juan Manuel Prida Busto

Compartieron el temor en silencio, en complicidad. El empleado descubrió días antes, al azar, una anomalía. El encargado de la sección se llevó las manos a la cabeza. La expresión de su rostro habló más que mil palabras, en presagio del desastre que se avecinaba de confirmarse las sospechas y no concebir de inmediato la correspondiente estrategia que lleve a aplicar los correctivos aplicados.

La prueba no podía ser más contundente. Confirmados los indicios. Los restos, inequívocos. Empleado y encargado intercambiaron miradas de pactos sagrados, sacralísimos en el encubrimiento.

Entre ambos se firmó un juramento tácito, mas firme en propósitos y rectificaciones.

—Ni una palabra a nadie, absolutamente a nadie, ni aquí, ni en su casa. Esto tiene aspecto de convertirse en alarma roja, y así será si no nos apuramos.

Con la tajante advertencia concluyó el encargado, agarrándose las sienes y tirando los lentes sobre un montón de papeles en el escritorio.

—Cuente con eso. Ni a la mujer, ni mucho menos a los amigos.

—Por supuesto, y cuanto más lejos de los tragos, mejor protegida quedará la situación, hasta ver si es posible dar con una salida airosa sin que llegue a cono-

cimiento de los altos jerarcas ni trascienda a esferas indebidas. Bueno, de hecho, cualquiera que lo sepa fuera de estas cuatro paredes será indebido... No nos conviene, sépalo.

—Despreocúpese, jefe. Con su permiso... tengo que montar guardia y seguir mis indagaciones.

Luego de retirarse, pasó el encargado una larga hora cavilando, dándole vueltas al asunto desde todos los rincones que su mente le permitía evaluar.

De catastrófico, caótico, apocalíptico, calificó el suceso, si crecía en proporciones y no se le ponía coto en seguida.

El primer movimiento sería una evaluación pormenorizada de los hechos, ponderando y calculando los posibles daños.

Al día siguiente mandó a llamar al empleado. Lo puso al tanto de la estrategia, del detalle de sus planes y le exigió el mayor ahínco.

—Dedíquese en cuerpo y alma a ello. Para que no quede margen a excusa alguna, queda liberado de las demás obligaciones a su cargo mientras persistan las condiciones que hoy me llevan a tomar estas decisiones. Manténgame informado de cualquier nuevo hallazgo o de si se produce un avance en la catástrofe, así la he denominado hasta que la normalidad regrese a estos predios.

—No es para tanto, señor, al menos por ahora. Son sólo indicios, no hay pruebas definitivas, contundentes de que sea un mal mayor o generalizado.

—Eso espero, que no llegue a más que a una falsa alarma. De todas formas, al final del día, antes de irse, póngame al tanto de sus indagatorias.

—Por supuesto, así lo haré sin duda.

Más tranquilo, y confiando plenamente en su empleado, corrieron los días sin mayores tropiezos.

Dos semanas después, la tensión había disminuido tanto, que podría decirse que la preocupación había desaparecido del pensamiento del encargado.

—No ha habido señales adicionales, señor. Creo, a no ser que tenga usted un parecer contrario, que no hay ya motivos para pensar en una desgracia de relevancia. Al parecer, pronto volverá a brillar el sol y las nubes de su preocupación se disiparán de la misma forma como llegaron.

—Puede retirarse.

Libre del peso de aquella aciaga situación, y henchido de la euforia que trae el haber capeado el temporal, el encargado olvidó dar marcha atrás a la orden de que el empleado se mantuviese alejado de los deberes cotidianos para permanecer en vigilia ante los aconte-cimientos que por varias noches llegaron a turbar su reposo.

Pronto empezaron a llegar a oídos del encargado rumores de la repentina displicencia del empleado a quien había confiado la tarea de informarle del penoso asunto.

Crecieron los comentarios como en su momento llegó a aumentar la desazón hasta el límite permisible al saber lo de los restos aquellos tirados detrás de un estante.

Para no dar señales de que se dejaba llevar de habladurías, decidió comprobar por sí mismo lo que se decía de su empleado de confianza, de su mano derecha.

En una imprevista visita a su área de acción, lo halló dormido sobre el escritorio. Sin despertarlo, siguió inspeccionando por su cuenta.

Media hora más tarde, el encargado lo mandó a llamar al despacho.

Los párpados aún velados por el sopor de los ojos enrojecidos, al empleado le temblaron las piernas al escucharle hablar.

—Soy yo quien le va a pasar ahora un informe de los

hechos. La situación no sólo no está controlada, o han desaparecido los amagos de catástrofe, sino que las condiciones están dadas para que nos declaren en desahucio. Simplemente, porque usted no se ha dedicado a lo que se le encomendó. Usted, y sólo usted es el culpable de que todo se convirtiese en un pandemónium, algo que debió haber evitado, ya que fue comisionado para ello. Tenemos, de hecho, una emergencia grave, gravísima, si me permite ser incisivo.

—Pero...

—Pero nada. Todo por su ineptitud. Ah, y a partir de mañana, duerma en su casa a pierna suelta, sin problemas de horarios ni la preocupación de ser interrumpido o descubierto en sus siestas, esto claro está, si en algún momento pudo haberla albergado en su interior, aunque como lo encontré sobre su escritorio no mostraba ni pizca de rubor o temor de ser hallado. No tiene que volver. Está despedido.

Acorralado, no le quedó otro remedio que echar mano a otro empleado para que continuara, o más bien hiciese lo que el anterior no fue capaz de llevar a cabo.

—Lo que le voy a decir, se lo advierto de entrada, es confidencial. Escuche, estrictamente confidencial, y no podrá salir de nosotros. Si no sabe ser reservado, o por alguna razón religiosa, moral o de cualquier otra índole, no le es posible dedicarse a lo que le voy a plantear, dígalo ahora. Si acepta, es con todas sus consecuencias y responsabilidades.

—Puede confiar plenamente en mí, no dude un instante en ponerme al tanto de lo que desee.

—Pensaba lo mismo de otra persona, y tuve que salir de ella por no haber cumplido.

—Eso no pasará conmigo, se lo garantizo.

Narró el encargado los detalles de lo acontecido y de sus propósitos. El empleado tenía expresión de restarle importancia, de no agobiarse por una simpleza.

—No se atosigue así. Eso lo soluciono yo en un dos por tres, si me lo permite.

—¿Cómo dijo? ¿En un dos por tres?

Los ojos del encargado se abrieron como para escapársele. Es maravilloso contar con colaboradores tan optimistas, pero, no sueñe con que sea tan sencillo.

—Claro, eso se resuelve en cualquier ferretería.

—¿Ferretería?

—Cerca de mi casa hay una. Ahí compramos una vez lo que usted necesita.

—¿Y qué es lo que yo necesito?

—Bueno, no precisamente usted, es decir, no para su uso, sino para acabar con el problema que lo mortifica. En fin, que con una buena dosis de veneno podremos acabar con ese ratón, y así quedará usted tranquilo y asunto concluido.

—No es tan simple. Hay que determinar primero si es un ratón, o una rata, o si ya han hecho familia entre todos esos papeles, entre esos documentos que custodiamos.

—Eso es lo de menos. Fíjese, se compra el veneno, se esparce por detrás de los archivos y estantes y se espera uno o dos días.

—¿Y?

—Si aparece un solo cadáver y no se vuelve a encontrar picadillo de letras en el suelo, santo remedio. Si continúan encontrándose papeles desgarrados, hay que comprar una cantidad mayor y regarla por todo el archivo.

El encargado sopesaba cada palabra, ponderándola en su cabeza y haciendo una comparación mental con lo estipulado en los manuales.

—Los reglamentos son estrictos y no podemos manejar aquí sustancias nocivas que puedan poner en peligro la vida de todos.

—De acuerdo, pero hay que llevarse por las normas,

y las normas indican que debemos reportarlo a los superiores para que sean ellos quienes tomen las medidas que estimen pertinentes para erradicar este mal y evitar que las ratas nos lleven entre sus dientes la memoria de este recinto.

—Disponga usted, entonces. Estoy a sus órdenes.

—Esperemos un par de días. Manténgase en alerta máxima y rastree el área en busca de indicios. Es perentorio que sepamos con certeza si se trata de uno o más animales. ¿Entendido?

—Totalmente, señor.

—A trabajar, pues. Y recuerde, antes de marcharse, venga a verme y ríndame el informe correspondiente.

Dos días después, el empleado hizo el recuento decisivo, final, al concluir el plazo antes de que el encargado tomase una decisión definitiva. ¿Acudir o no a los superiores?

—No hay más pistas que las que ya tenemos. Usted dirá qué más queda pendiente. Estoy a sus órdenes para cuanto haya que hacerse.

—Gracias, ha hecho bastante. Lo que resta no está en sus manos, ni aun en las mías. Si vuelvo a requerir de sus servicios, se lo informaré.

—Con su permiso.

El encargado se encontraba en otro mundo, la cabeza dándole vueltas en una centrífuga absurda, torpe, confusa.

"No puedo hacer nada que viole los reglamentos, so pena de ser castigado e incluso perder el puesto, además de cargar con la deshonra que significaría para mí y mi familia este embrollo."

"Si sigo esperando hasta dar con la guarida de las ratas y trazar un croquis del área afectada para que los superiores se percaten de mi eficiencia y puedan los encargados de limpieza y mantenimiento de las edificaciones y áreas

externas e internas de la institución atacar la madriguera y exterminar las desagradables y nocivas alimañas, tal vez cuando la encuentre no queda un papel vivo... y por supuesto, ni yo estaré porque mi pellejo peligrará."

"Creo que lo más conveniente es que corra a ponerme a resguardo, a dar las voz de alerta a los superiores y exponerles la situación, por cruda que ésta sea, con todas sus consecuencias. Ellos, que tomen las medidas que estimen prudentes. Hasta ahí llegan mis obligaciones. La ejecución de lo que se disponga, ni ello mismo está en mis manos."

Esa noche no durmió, atormentado por reacciones ajenas, por posibles preguntas que le arrojarían a la cara sondeando el desempeño de sus funciones, en busca de su reacción ante una crisis, en pos de una salida airosa a un problema, a un contratiempo que ponía en peligro el cerebro histórico de la institución. Qué hizo. Por qué no hizo. De acuerdo al reglamento interno. La tradición dice. La experiencia indica. Su deber es. Los hechos demuestran. Las consecuencias serán o serían.

Sudoroso, se sentó ante el escritorio, tomando fuerzas para ir ascendiendo la montaña de autoridad. Esa mañana, por fuerza, tendría que dar parte de sus indagatorias.

Vistió su traje de alpinista, calzando las gruesas botas de clavos anchos y emprendió la marcha hacia la cumbre de sus vicisitudes, de sus tormentos.

¿Y si me despiden? ¿Y si no están de acuerdo con lo que he hecho, como he manejado la situación?

Entró cuando la secretaria de su superior inmediato le hizo señas de que podía pasar.

—Tenemos una emergencia, señor.

—Diga, que no tengo mucho tiempo, voy saliendo a una reunión fuera de la institución.

—Seré breve. Verá, tenemos ratones en el archivo.

Bueno, en verdad, no he podido determinar si se trata de uno o de toda una familia, o si una rata parió allí entre nuestros papeles, o si vino a mudarse a estos predios todo un clan de estos animales. Lo cierto es que ha aparecido un picadillo de documentos.

—¿Una sola vez, o con frecuencia ha encontrado estos restos tirados por el suelo?

—Desde que lo detectamos, se han encontrado en varias oportunidades.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará una semana, señor.

Mintió. Mintió. No pudo hacer otra cosa. Las fuerzas no le daban para más. Demasiado el esfuerzo, la osadía de tirar todo aquello de golpe sin respirar. Si se le escapaba que llevaba más de un mes el acertijo en pie, era hombre muerto.

—Debió haber informado antes.

Ahí saltó la eficiencia de los superiores. Este, el jefe del departamento piensa que las cosas son así. Esperé unos días, la verdad que ahora entiendo que fueron excesivos, para encontrar yo la solución y ganarme un ascenso. Él ya es el jefe del departamento, y yo apenas un encargado de sección que gana una miseria y siempre tiene problemas nasales, padece alergias y sinusitis constantes.

—Pretendía dar un informe lo más completo y detallado posible para que ustedes los superiores pudiesen tener un cuadro amplio y preciso del percance.

—Un día después era lo prudente. En fin, a lo hecho, a buscarle provecho. Aunque, en este caso, el provecho no creo que se encuentre muy fácil, salvo las panzadas que se habrán dado los ratones.

—Espero instrucciones, señor.

—Como le dije, voy camino a una reunión. Envíeme una

nota interna, un oficio, algo que avale cuanto me ha dicho y me sirva de soporte para seguir informando más arriba y tomar los correctivos de lugar, cuanto antes. Haga eso hoy, antes de irse.

—De acuerdo. Mientras, ¿qué hago?

—Espere órdenes.

Las cosas salieron mejor de lo que había imaginado antes de entrar al despacho. La única queja fue lo del tiempo, "total, ahora hay que esperar más; él salió a una reunión y seguro no vuelve hoy. Mi nota la recibirá mañana. Hoy es jueves. En lo que se entrevista con el administrador, estamos blando de lunes o martes. Y luego me vienen a hablar a mí de por qué me tardé tanto, ¿o es que el tiempo de ellos, de los superiores no cuenta, o es dorado?"

Salió la nota de su área y prácticamente olvidó el asunto. Terreno vedado, fuera de su alcance algo adicional. Sólo la espera le estaba permitido.

El miércoles recibió una llamada del jefe del departamento, indicándole que cómo va eso de los ratones, "imagínese hoy fue que pude despachar el oficio al administrador para ponerle al tanto del asunto. Ojalá que de aquí al lunes o martes próximos contemos con una respuesta para elaborar un plan de acción."

Y eso que le había echado en cara el tiempo que esperó para informárselo. "Lo mío fue buscando una respuesta, una posible solución; lo de él fue falta de tiempo, por supuestas ocupaciones más importantes. Al parecer, el archivo, esa memoria, esos registros institucionales no son de relevancia; cualquier reunión o llamada telefónica atenta de manera franca y olímpica contra años y años de datos y documentos."

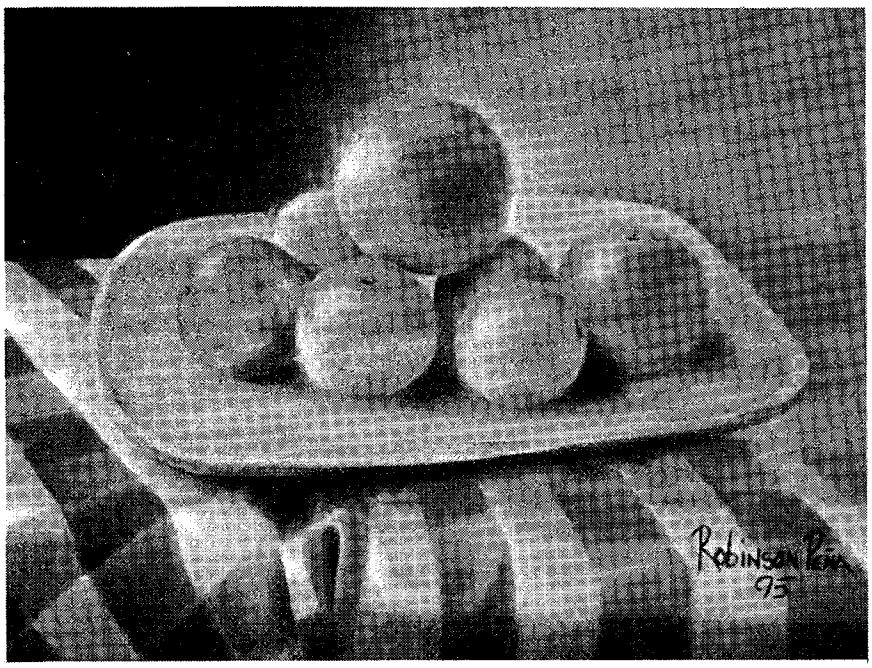
Un mes más tarde se produjo un descenso al lugar de los hechos. Una brigada de obreros, de fumigadores se aper-

sonó al archivo, equipados los siete integrantes con uniformes, mascarillas y demás utensilios.

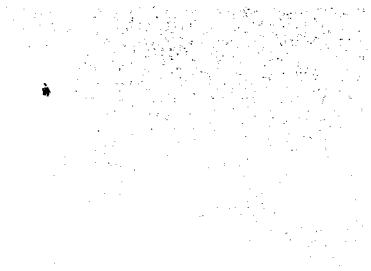
El estropicio, para entonces, resultó mayúsculo. Los papeles destrozados eran alfombra. El cerebro de la institución se convirtió en confeti, en manjar de carnaval para los ratones, que debían para entonces ser horda.

En las labores de ubicar lugares estratégicos para esparcir el veneno, uno de los exterminadores encontró una botella dentro de una caja.

—Parece que alguien se nos intentaba adelantar preparando el veneno. Aquí hay rastros de la pasta diluida en agua, que echaron en esta botella de ron. Lástima que quien haya sido no siguió hasta el final, pues éste es el mismo material que utilizamos nosotros. De haber concluido la labor, se habrían evitado estos destrozos. Esta pasta debieron de haberla disuelto hará cosa de dos meses, tiempo más que suficiente para haber cortado de raíz el festín, la molienda de los roedores.



Segundo Premio Pintura 1998
"Bodegón de naranjas"
Robinson Antonio Peña Pérez



Primer Premio Cuento 1996

La nueva Era

Luis José Bourget García

Y llegaron las olas. Columnas enormes de agua amurallada, rocas y algas marinas. Se precipitaron con fuerza indecible, como si lanzadas desde la misma luna, y arrasaron la diminuta isla hasta dejarla convertida en un cenagal inmenso, en un atolladero sin límites de lodo y escombros del fondo del océano. Sólo tú y yo, Rubiales, hemos podido escapar del escarmiento bíblico, gracias a nuestra afinidad casi única por estos oscuros fangales. Nos llamaban montesinos, culebros y brujos de orilla incierta, pero ha quedado demostrado que fue atinada nuestra decisión unánime de emigrar, de meternos hasta el cuello en estas tierras pantanosas, lejos hasta de las últimas poblaciones que alguna vez delimitaron lo que fue una vasta ciudad, plagada de sus grandes edificios y monumentos, de la turba insípida de la que huimos, tú y yo, con el ansia febril de descubrir lo ignoto. Todo quedó borrado por las apocalípticas aguas, así como el ácido desecha la herrumbre, y ni un solo grito escuchamos, ni el mínimo lamento, pues todo ocurrió tan rápido que de repente se sumergieron las lomas, se esfumaron las nubes, y el mundo se volvió triste y oscuro y con la única consistencia de la arcilla.

Así fue que lo deseamos, que no quedara nada de nuestras antiguas identidades. Ahora somos como dos cocodrilos, rodando nuestro vientre sobre las aguas, con las

fauces abiertas hacia el sol. ¿Y qué fue de los incólumes muros, de las altas cornisas repletas de golondrinas, y de las calles rebosantes de miseria humana? Ahora sólo alcanzamos a divisar los resquicios lejanos, la indistinta humareda de la combustión. Todo ha cambiado, sin duda, Rubiales, pero para nosotros ha sido de inmenso provecho. ¿No respiramos mejor en la marisma de la noche, sin tener que soportar el hedor asfixiante del inagotable afán de la gente, de su morbo impublicable? Ya lo único que persiste es la memoria de su existencia, de la repulsión que sentimos al tener que enfrentarnos consuetudinariamente a sus visitas furtivas, a su afán de redimirnos, de reincorporarnos al estigma azaroso de su decadencia.

Todavía recordamos cómo procuraban tentarnos dejando abandonadas bolsas enteras de comida, colgando grandes letreros y anuncios conocidos, fornicando a gritos en sus retirados campamentos, pero sin atreverse a cruzar la frontera angosta de la selva, por el miedo terrible que tú y yo, Rubiales, vencimos, atenazados por la convicción del exterminio. En efecto, sentimos el reclamo olímpico de la tierra, una noche en la que surgieron grandes llamaradas en el cielo, y la gente se preparó para el advenimiento de un cometa. Esa noche se pudo ver hasta los confines siderales del universo, y las estrellas titilaron con el fulgor inequívoco de la desgracia. Tú y yo la sentimos, Rubiales, y no comulgamos con la sapiencia inútil de aquellos que arengaban a viva voz y en medio de las calles sobre la imponente llegada del paraíso definitivo, pues como veis, decían, nunca habíamos tenido días tan claros, nunca los panes levantaban tan poco en los hornos, nunca la vida se había vuelto tan lenta y apacible y ello sólo podía significar la señal de que en el más allá se preparaba la tan anunciada y esperada invasión angelical, por la presión inmensa que el reino de los cielos ejercía sobre nuestra atmósfera.

Insensateces. Como lo sabíamos desde el principio, sin lugar a dudas se cernía sobre todos el más despiadado de los castigos, contaminado por la bendición colectiva. Aún no nos conocíamos, Rubiales, y ya pensábamos en promover la certidumbre que tras largas noches de insomnio logramos obtener, fruto de la inagotable observación de los astros. Recuerdo cómo me arrellanaba contra el piso de concreto, en el tejado que me pareciese más propicio, y escrutaba incansablemente el cosmos en busca de lo sobrenatural, de lo prohibido. Tú hacías lo mismo, Rubiales, y no te amedrentaba el gorgojeo de aquellos que te veían abandonar el grupo en las recepciones del gobierno, para encaramarte hasta lo más alto del asta de la bandera y divisar el horizonte incierto. En el breve apartamento apenas si dormitabas, sublevándote al sueño con el instinto de la vida, restañando hasta los impulsos más primitivos como el hambre y el deseo. Poco a poco, al igual que yo, fuiste testigo de la transformación de tu persona en un ser irascible y egoísta.

No fue fácil, recordamos ahora, llegar al entendimiento de la verdad por sobre las opiniones adversas. La primera vez que me atreví a mencionar mis inquietudes en público, todos pensaron que había sido capturado por alguna religión lavacerebros. Hasta el simple hecho de proponer un viaje de exploración hacia estas tierras fluviales parecía un infundio de devastación craneana. Me tildaron de loco, de más loco que los mesiánicos de esquina que vivían del saqueo de las necrópolis. Aún hoy, mientras nadamos como reptiles por sobre la miasma azarosa de las antiguas avenidas terrestres, podemos de vez en cuando escuchar algún eco remoto suspendido en el tiempo, reclamando una prudente explicación sobre tan tremendo sistema de destrucción, superior al conocido fuego bíblico. Contestamos que por mucho tiempo avizoramos la verdad, que estudiamos los

datos con el rigor ferviente de los sabios de antaño, que intentamos por todos los medios de dar a conocer lo que entendíamos sería la única tabla salvadora para sobreponer el diluvio. Tú y yo, Rubiales, después de largos meses determinando las coordenadas precisas de la catástrofe, coincidimos tanto en las fechas aproximadas como en la posible existencia de un pasadizo, un área de terreno que pemanecería intacto al obrar como ojo de tormenta. No es de extrañar por ende que en nuestras sucesivas incursiones a los fangales se propiciaría nuestro encuentro, y que inútilmente agotáramos nuestros recursos para atraernos la compañía del séquito de nuestros amigos. Luego de fracasar en nuestra perspectiva de libramiento colectivo, vendría la desazón del inminente fallo de nuestros pronósticos. De hecho, hasta llegamos a dubitar sobre la recapitulación de nuestro delirio en términos de fechas y lugares exactos.

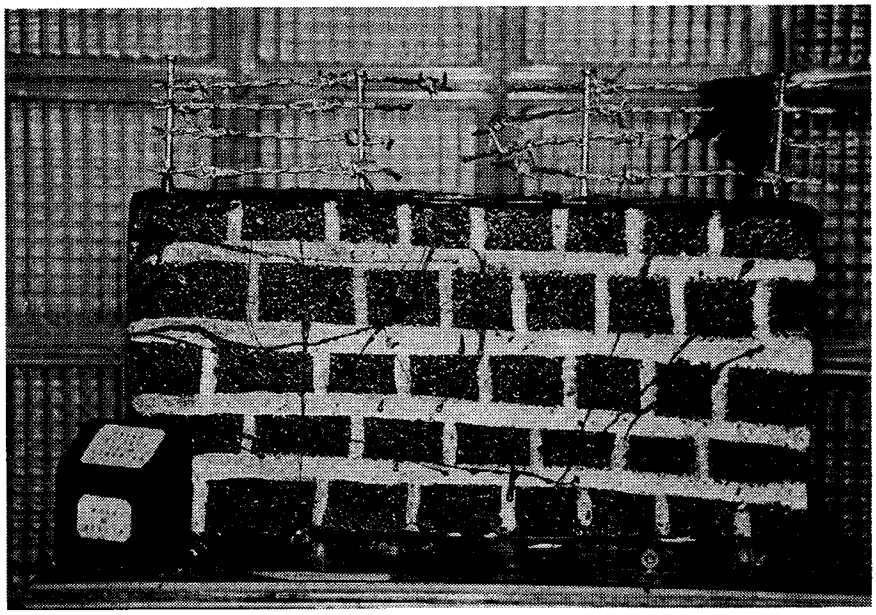
Una instintiva revuelta en nuestro ser hostigaba la sinrazón de permanecer estáticos, esperando inútilmente la señal apocalíptica que tal vez nunca llegaría, sorprendiéndonos amargamente con el encono de la devastación. La situación ya no equiparaba las medidas precautorias que tú y yo, Rubiales, habíamos adoptado para escapar rápidamente de los vericuetos citadinos. Reformulamos la ruta de salida y nos dimos cuenta con horror que nunca la alcanzaríamos a tiempo, que ni siquiera la huída en el momento decisivo era una variable en la que se podría tener confianza. La alternativa que se había creado era la evacuación inmediata, dando los márgenes adecuados para que se cumpliera lo inaudito.

Suponíamos, por ejemplo, que iba a resultar difícil el acostumbrarnos a nuestro nuevo ambiente. El simple hecho de pensar en abandonar nuestras posesiones, así como la comodidad adquirida gracias al esplendor pagano de la

civilización, resultaba en una encrucijada malévola que estuvo a punto de hacernos desistir, presos del desengaño. Sin embargo, al parecer triunfó el primitivo instinto que nos preservaría, a ti y a mí, Rubiales, con el fin de llevar impreso el testimonio de la devastación. El lugar escogido para nuestro refugio no era más que un inmenso estuario, humeante de la pestilencia que emanaba continuamente de sus efluvios subterráneos. Al principio tratamos de habitar entre las ramas de sus dispersos manglares, que como diminutos oasis poblaban escasamente la podredumbre infinita, pero fuimos arrojados de ellos por las nubes de zancudos coléricos. Entonces comenzamos a nadar entre el estiércol húmedo de las lilas, hasta que la confianza nos inmiscuyó hacia zonas más profundas y oscuras.

Los primeros días fueron los más duros. De tanto permanecer sumergidos, nos hinchamos como gigantescos calabazos acuáticos, y dejamos que la corriente nos arrastrara lentamente por las grutas y recodos de cieno virgen. Todo era tan nuevo que relumbraba ante nuestros ojos con los mismos colores de la creación, y vimos matorrales gigantescos y purpúreos, poblados por aves y animales deconocidos. Durante muchos días escuchamos las voces y gritos lejanos de aquellos que nos buscaban, reclamando nuestra presencia a cambio de la gracia de devolvernos a la vida mundanal, sin pensar que ya habíamos renunciado a ella inefablemente, acomodándonos lo mejor que podíamos a nuestra nueva constitución delfínica de depredadores anfibios, degustando la hiel de almíbar de los renacuajos y cazando a dentelladas las tilapias en sus estanques ocultos. El eco de sus lamentaciones cesó de repente, y entonces perdimos la noción de la realidad mientras boyábamos en un remanso apacible, asaltados únicamente por el ardor de los recuerdos. Según nuestra terrible predicción, la debacle

habría arrasado con todo lo que conocíamos, y ya nunca sería posible retornar al orden anterior de las cosas. Ahora nos dirigíamos hacia un porvenir incierto, cuyas señales tratábamos nuevamente de descifrar en las coyunturas de los astros. Nos vimos atracar en algún puerto remoto, llevando a quien lo quisiera oír la advertencia de arrojarse sin dilación a las turbias aguas, de remar por sus vidas bajo el velo infinito de la intemperie, en un incansable peregrinar hasta establecer el límite de la costa, y entonces abandonarnos al altamar, atendiendo pacientemente la aparición de alguna blanca ave, portadora entre las garras del tierno ramo de olivo que anuncie la cercanía de las nuevas tierras.



Segundo Premio Escultura 1998
"El muro de Berlín: El paso a la libertad"
Domingo De la Cruz

Primer Premio Cuento 1995

Suicidario

Henry Almonte Diloné

El Hombre estaba ahí, como la mañana anterior, herméticamente silencioso, acompañado sólo por la tenue soledad que penetraba hasta su cuarto y el miedo redondo que se infiltraba en sus huesos. Estaba en el mismo sitio, a la misma hora, y con su habitual postura del momento, inmerso en el laberinto de sus definiciones mientras abajo las bocinas del tránsito que comenzaba a congestionarse, lentamente comenzarían a dormirlo. Vagaría entonces a través del sueño fabricado bajo las chimeneas, sin recordar los límites de la vigilia. La diaria competencia de los escaparates y las viejas noticias de último minuto harían fila, como siempre, en la cotidiana procesión de sus repeticiones. Verificaría el ángulo del momento sobre la circunferencia de las horas y se preguntaría una vez más si el tiempo, como el reloj, tendrá realmente un sentido circular. De esta forma, frente al cristal, con su rostro detenido observando las bases prefabricadas sobre las que se construía el nuevo día, mientras los últimos arcoiris comerciales apagaban las letras de sus abecedarios, se preguntaba sobre la posibilidad de morir ese día entre las sábanas o marcar la tarjeta de puntualidad.

—Después de todo –dijo con voz apenas audible— nada ha cambiado, da lo mismo que al autobús que ahora se desdibuja en el crucigrama de las calles bajas sea un portento de la técnica o el descendiente metal del dinosaurio, no im-

porta si yo soy verbo o adjetivo en la cotidiana oración de las maquinarias.

Alpinista de la ciudad, saldría a la calle como siempre, descendiendo desde el hueco canceroso de su apartamento pariente lejano de los megalitos, hasta sus raíces mutiladas. En su rostro diariamente viejo la atmósfera ambiental ensayaría entonces todos los cosméticos de su línea y pronto se haría sentir el ruido de metálicas palomas.

El Hombre, erguido desde la estatura de su edad, acarició levemente las rosas de plástico colocadas sobre su mesa y observó cómo se disponían los grises bloques con los que se construiría el cielo matutino, mientras abajo las hormigas iniciaban su faena entre el perezoso deambular de los zánganos.

Posó la vista sobre su propia sombra sin distinguir dónde terminaba su cuerpo, ni dónde comenzaba su silueta; no se había detenido a reflexionar por qué, pero pasaba largos ratos ensimismado en la observación de su figura. Mirándose de esta forma no se explicaba por qué en ocasiones se sentía sólo un número en la guía telefónica o un guarismo en las hojas del listero.

—Este bien puede ser el día –dijo con voz entrecortada— conviviendo con la muerte a través de tantos años sé que una mañana ya no tendré tiempo de descorrer las sábanas, ni voltear otra hoja del calendario, ni desafiar el asfalto que aprisiona mis pies. Ya no podré escribir mi diario sobre las aceras, ni engullir los comerciales con los que aprendí a hablar. No palparé los vientos de colores tiznando mi anatomía, sólo sentiré que he dejado de sentir.

Así, ante el cristal, quiso gritar su nombre para resucitarse.

Un sudor grueso congelado en su frente y una extraña sensación de vacío hurgando el ordenamiento ritual de sus

cosas, empañaron los colores de sus sueños; había medido el alcance de sus pasos con la geometría analítica del miedo. Afuera habían huído las últimas estrellas, ancestro nocturnal de la bombilla.

Estaba ahí, de pie ante la aurora, con una sonrisa convexa en el yacimiento minero de su boca, sin saber a ciencia cierta para qué traspasaría el umbral; fugitivo de las horas en el páramo inconcluso de su tiempo.

Sintió el rumor creciente de las modulaciones y se miró al espejo mucho antes de que la última gota de café le estregara la camisa.

A través de la ventana entreabierta contempló el dibujo lineal de las antenas.

Todavía seguía ahí, ahora con dos botones rojos sobre sobre su cara después de utilizar por décima vez la misma navaja con la que diariamente se jugaba la vida; bajaría las escalinatas con un carnaval ambulante de retazos.

Conquistador de las horas, compañero programado del metal, unidos por un cordón umbilical de tiempo, se lanzaría a la aventura del instante sintiéndose inmortal en la premura continua del momento.

Existiendo en un presente inagotable fabricaba otro eslabón en la descolorida cadena de sus días; ebrio de luz y fantasía escrutaría los secretos de la hojalata. Era un milagro eso de seguir existiendo, sabía que al otro lado del planeta los rosales no daban solamente rosas y que acá no florecían las amapolas; conocía la melodía del viento que se colaba a través de las ventanillas del autobús en marcha, pero no le importaba saber quién componía la canción de los hidrocarburos.

Dividiendo sus movimientos con el mínimo común denominador del tiempo, ajustaría sus quehaceres según un ordenamiento programado de prioridades. Pensó entonces

atravesar las fronteras del silencio, penetrando la ruidosa sinfonía del amanecer; pisaría la lánguida zona verde alimentada con esmog y cubierta por un rocío combustible que empañaba los vidrios en los estacionamientos callejeros. Se adentraría en los linderos del hormigón, quijote en copia nueva, sin importarle los entuertos de la selva metálica, auscultando los vericuetos del arrabal.

Envuelto en una niebla de propaganda e ilusiones no sabía precisar el momento en que por vez primera le asaltaron las ideas del suicida; pero ahora, ante la ventana entreabierta, con un autobús que se acercaba cada vez más tocando insistentemente su claxon inquisidor, con una navaja al ras de su piel desencantada y una calcomanía de quimeras adheridas en su estrecha frente, por vez primera en mucho tiempo dio a luz una sonrisa.

Aspiró el nuevo día, lentamente, sorbo a sorbo, en la paulatina muerte del tabaco; desdoblándose ante la imagen empañada que le devolvían los cristales.

—Ya no es necesario averiguar el monto de los intereses –exclamó suavemente—ni el monto de las cuentas por pagar; no importa si soy sólo una ficha en las estadísticas o una parada más para el autobús de los empleados, ni es indispensable apurar otra cucharadita de este desagradable medicamento.

Ensimismado en sus últimas convicciones observaba a lo lejos el confuso abecedario de las vallas, mientras poco a poco se iban endureciendo la cal y la arena de su cuerpo.

—Este mismo amanecer de tantos años –dijo, mientras terminaba de descorrer las cortinas— la misma alborada de otros días, las mismas alegrías enlatadas, la estudiada sonrisa de los demás, cómo soportarlo.

Era el Hombre de siempre en la mañana incipiente, con un manojo de nervios alterados bajo la navaja de su mano.

Sumergido en el mar de sus cavilaciones no sentía el agitado golpeteo de sus arterias, ni la crecientemente pálida expresión de sus facciones, ni la silenciosa conspiración de sus neuronas. Intemporal, en el sentido más amplio de su universo interior, su espíritu de gaviota se elevó hasta una cima de paz para precipitarse con mayor velocidad hacia las insondables profundidades del arcano.

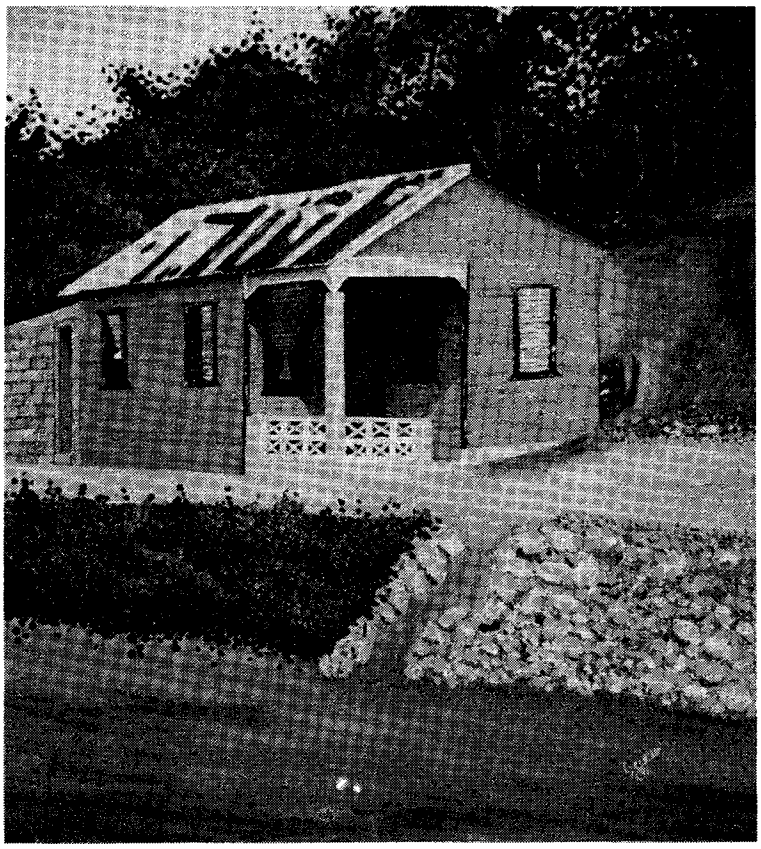
—Cómo me habría gustado poder celebrar cada día como si estuviera ante el amanecer de un nuevo año —exclamó desesperadamente.

Sin embargo, ahora, con una navaja que buscaba sus venas, explorando su brazo, aun el tiempo carecía de sentido. Era sólo un hombre y un hombre solo, sin ayer ni mañana, con la vehemente intención de morir de un solo golpe todo lo que le quedaba de vida. Con una hierba, que ahora se le presentaba antojadizamente verde, creciendo entre los pintados de su ropa.

Abajo, ya no se escuchaba la bocina del autobús, a lo lejos una constelación de semáforos intermitentes, luciérnagas cotidianas, dirigían el coro citadino.

Con un placer morboso, rayano en la demencia, quería sentir la muerte infiltrándose lentamente entre sus músculos; morir conscientemente, darse la peor muerte.

Por eso, en la joven mañana, bajó lentamente la navaja que buscaba sus venas y tirándola por la ventana entreabierta descendió de su apartamento, decidió irse a su trabajo y se marchó agitadamente entre las bocinas del tránsito congestionado y el nuevo cielo de las chimeneas.



Tercer Premio Pintura 1998
"Casita de campo"
Geraldo Pimentel Ramírez

Segundo Premio Cuento 1997

Sueños enmarcados

Juan Manuel Prida Busto

Enmarcaba sueños como se llena de cosas una caja. Con facilidad ponía cerco a las ideas y las colgaba en su mente. Quedó prisionero de los marcos al verse en una foto, en la primera que le entregó su madre, aquella que le tomaron cuando el pueblo conoció la impresión a colores de la realidad. La tuvo en las manos durante horas. La magia entre sus dedos le desconcertó. Podía manejar su cuerpo en el espacio de una palma, de unas yemas, y cosquillearse la mejilla con las uñas. A la vez, seguía siendo él, de físico entero, de presencia plena en carne y contorno. El deslumbramiento por la fotografía no murió con aquella primera toma. Iría, en cambio, creciendo con el tiempo. No supo sino años más tarde lo que la turbación por los retratos iba a significar en lo sucesivo, hacia dónde conduciría su existencia. Cuando las circunstancias lo permitieron se hizo de una cámara y encuadró cuanto desfilaba a su alrededor. En la casa no cabían más fotos hasta que hizo su aparición el cine portátil, casero. Crecieron las posibilidades con su estupor. El encuadre no sería estático. Fluiría, como corre el arroyo por el monte, libre de los márgenes del visor de su instantánea. Se adecuó a las circunstancias y llevó la tecnología a casa. La sala se convirtió en cinematógrafo. Alquiló películas en aluvión. Una tras otra desfilaron ante sus pasmados ojos, pletóricos de sorpresas. Aquello era

indescriptible, el límite de la felicidad. Disfrutó días, semanas, frente al televisor por el que circularon vistas, paisajes, situaciones inverosímiles a su corto entendimiento. Cuando no le quedó nada por ver salió decepcionado de la tienda de videos ante la manifiesta declaración de incompetencia del dueño por su caso. Una voz anónima le sugirió filmar sus propias películas, o grabar directamente del televisor las que allí se proyectasen. Acudió de nuevo a los avances del momento y adquirió una filmadora. Se sintió director, productor. Reproducía en las noches lo captado a la luz solar. El regocijo llenó su alma. Una pena, con todo, afloraba en las profundidades de su ser. Él, hacedor de historias, forjador de mundos visuales, no aparecía en pantalla. Cojeaba su entusiasmo. Instaló, entonces, un circuito cerrado. El aburrimiento colmó su ánimo al repetirse entre cuatro paredes y recordó la estrechez de las imágenes estáticas, frías de movimiento. Arrancó de cuajo los cables y devolvió el aparato, por minusválido, limitado. Se conformó con la práctica de filmar sin ser actor, de estar siempre tras bastidores. Pasó luego a grabar películas de la televisión. Resultó agradable y mantuvo la práctica por varias semanas. Una noche cayó dormido sin haber apagado el equipo. Al despertar lo hizo antes de hundirse en la rutina diaria. El atardecer lo llevó, como día a día en los últimos tiempos, a ubicarse en su observatorio de imágenes a la carrera. Encendió los componentes de su festejo visual disponiéndose a contemplar lo que allí había quedado, recogido sin supervisión. No pudo creer lo que apareció en la pantalla. Él, que se quejaba de no ser parte de su propia creación, protagonizó la cinta en todo su alcance. Guardó silencio ante el descubrimiento. Para despejar el panorama repetiría lo de la noche anterior. Con toda intención, cerró los ojos, forzándose a dormir. Mañana esclarecería el asunto. Sin

contener la ansiedad, al amanecer rebobinó la cinta y la reprodujo, como cualquier otra de la tienda de alquiler. Una vez más, el papel estelar recayó en su persona. En varias ocasiones hizo igual y recibió situaciones en las que era la figura principal, la estrella de aquellos pasajes visuales. Una de ellas caló hondo en su interior. Se veía asaltado al regresar a casa por un vagabundo, que en forcejeo por despojarlo de su tomavistas, le clavó un chuchillo en el estómago. El agresor, curioseando en el aparato, filmó un periódico al lado de su cuerpo yacente. La fecha no correspondía al momento. Era posterior. Miércoles 21. Hoy, viernes 16, casi cayendo el sábado. Los tres siguientes días los pasó en el limbo, con una fecha prendida en el alma. Se impuso olvidar el suceso y seguir el curso normal de sus horas, haciendo caso omiso a una imagen absurda, tonta. Regresó a la lente el martes, sin recordar que era la víspera de lo presenciado. Filmó como de costumbre, y como era usual en estos tejes se internó en lo captado al amparo de la paz de sus paredes, de su sillón habitual. El miércoles llamó al umbral de su rutina. La cotidianidad se desarrolló a ojos cerrados. La jornada se deslizó lenta, lleno de prisas él por filmar. Esta vez trasparía los lindes normales, atraparía en su cámara la noche. Salió al atardecer y se entretuvo buscando poses nuevas, diferentes de la vida. La noche en grande le cayó lejos de su refugio. Miró el reloj. La realidad se le vino encima de sopetón. La hora había avanzado sin control, embebido en su labor recolectora de imágenes. Deshizo el camino y anduvo sobre sus huellas hasta un descampado cercano a casa. Distraído, no percibió una sombra que se le aproximaba cada vez más, hasta estar a su espalda. La presencia, ajena, extraña le hizo volver la cara. Un desconocido se avalanzó sobre él, tratando de quitarle el artefacto de las manos. Forcejéo con el asaltante hasta sentir el estómago desgarrado

por la entrada de un metal intruso, avasallante. Al caer, en su mente se dibujó en cámara lenta lo que había presenciado en casa. Un periódico se bamboleaba a su lado al ritmo del viento.

Tercer Premio Pintura 1998
"Evolución del arte"
José Alberto Jiménez

Segundo Premio Cuento 1997

Y en la tarde, también recoge azucenas...

Luis José Bourget García

Pintaban figurines, sacaban imágenes y dioses de amorfos palos de guayacán, lustraban las piedras, impregnándolas de colores vivos que ellos mismos preparaban, y luego recogían la basura de su arte, limpiaban las aceras de sus floridos escombros y desaparecían sin dejar rastro.

La esquina formada por la inusual convergencia de tres callejuelas, y que desde la época de la colonia daban por llamar del futriarca, quedaba sumida en un remanso de placidez, interrumpido solamente por el continuo golpeteo del cerrar de puertas y ventanas. Fátimo aprovechaba la acera, frente a lo que una vez fue la barra del Futriarca, matando hormigas que habían perdido el rumbo de su nido, tratando de olvidar que la tarde anterior también había estado allí, sentado mientras se dilataban las sombras que precedían a la noche. Siendo como era, implacable vendedor de postales en alguna esquina durante el día, reclutador de fulanos para cualquier empresa del capricho, no lo arremetía el tedio sino hasta muy tarde en que la oscuridad le hacía olvidar el sueño, y entonces pensaba en acostarse porque le daba la gana, un digno hijo de su padre (y tres generaciones lo atestiguaban), remontaría los escalones hasta la pieza en que alguien respiraba malamente, aparte de él, vesicada de pénfigo y con los tropiezos indistintos del mal súbito.

Y era a su llegada, al cortar el sol los primeros ramilletes anaranjados del horizonte, que se fijaba siempre en la calle y maldecía los lienzos coloridos que adornaban la esquina, a sabiendas de que se los llevarían muy pronto a dormir a otra parte, cubiertos por otros cuadros embadurnándose en el calor húmedo de agosto, y vendrían repintados al día siguiente, antes de que él pusiera el pie en la calle, esperando la mirada conmiserada de algún pendejo. No ocurría así cuando la barra estuvo abierta, pensaba, y allí se reunía el grupo que venía de jugar softball. Eran sus héroes, Plinio y sus muchachos a la cabeza, acabándose de meter a la policía en un bolsillo después de jugar en el terreno municipal. Venían con las sirenas y todo, y acababan quecheándoles y haciendo de árbitros, ridículos con sus corbaticas sobre el ombiligo, y luego los escoltaban con las sirenas hasta la barra del Futriarca, y el mismo Plinio les metía una botella de Dumbar's bajo el asiento del Volkswagen y los mandaba a acostar. Armaban la de no te menees, y luego que tenían dos tragos en la cabeza encabritaban a los artistas, les ahuyentaban los escasos clientes bramando desde dentro de la cantina, malditos haitianos del carajo, decían, y ellos se quedaban cabizbajos en medio de las carcajadas.

No fue así como Fátimo pensó que acabarían las cosas, él que se regodeaba en el pensamiento mientras veía por la ventana los sucesos de la barra, y se imaginaba jugando softball junto a Plinio para después echarse vainas con quien fuera. La barra la cerraron y los haitianos volvieron, al cabo de un tiempo, con más vituallas que nunca y dispuestos a hacerse dueños absolutos de la calle, luego de salir victoriosos en su formidable ejercicio de paciencia. Y se pasaba trabajo, pensaba, pero luego se penaba por la música que no se acababa, porque si ya la cortaban en alguna

de las casas, ya la comenzaban en otra, y a las diez de la mañana era imposible dormir con el retumbo de veinte sinfonías, por lo menos. Si no fuera por el Comandante, por la Raya o por Muertoenvida, el ocio acabaría mandándolos a todos a espiar los buques en la orilla del muelle, era muy fácil llegar, sólo volando doce verjas a puro ramplimazo y ya estaba, la corriente indómita del río.

Se comentaba que caba noche se perdía alguno de ellos, de los haitianos por si acaso, y se iba a vender su cuerpo en algún batey lejano. Ésta era la forma en que morían, o al menos así lo consideraban quienes se quedaban al abrigo de las esquinas, pues nunca volvían a tener noticias. El Comandante era uno de los pocos que se les acercaba, y aquí y allá las miradas recelosas rodeaban la escena mientras compartía una tapita de clerén, y a quién le importaba, oteaba las ventanas y se bajaba los pantalones si alguien lo estaba viendo, qué indecencia, regurgitaba el último trago y lo escupía, por algo le decían El Comandante, el Membrudo, tiraban el agua con lavaza en la calle, y él se plantaba frente a la puerta y se mandaba en la madre, no lo volvían a hacer, el mismo Plinio le tenía miedo, ¿y quién mandó a cerrar la barrita, la cuevita hedionda a orín de cerveza?, no cabía la menor duda, él era la ley y el orden en la esquina del futriarca.

Mandó a llamar a los haitianos y los asentó de nuevo a todo lo largo de la calle, Fátimo debía pasar de tarde y cobrarles el espacio, para luego rendirle cuentas al flaco de Muertoenvida y a la Raya, toda una burocracia del mismo diablo. Concertaba citas y cabildeaba asuntos de orden para que fuesen sometidos a su venia, que si por fin van a dejar que cuelguen la ropa en el callejón del sol para que seque bien y no apeste, y él respondía que no jodan, que si la cuelgan la mando a quemar, qué cosa, y tú Fátimo del carajo,

si vas a vender postales en la esquina tienes que pagar el espacio, qué cosa. No había que darle muchas vueltas al asunto de quién mandaba y quién no, la calle cogió vida, se llenaba de gente a todas horas, quién lo diría, da para llorar, hasta iban a meter una ruta de trolebuses, qué desgracia, y ya venían los camiones y guaguas de haitianos pintados de mil colores, el pobre no tiene suerte, sólo hay que decir que los domingos montaban una feria con estrella y carousel, maldita reguindaleta, no era para estar en la calle a esta altura del juego, cuando vinieron los grises en dos camiones grandísimos y sin mediar un tercio le metían la macana hasta el tuétano y por los ojos, y entre el alboroto de las gallinas y las cotorras que llevaban a vender a escondidas, desmantelaron los tarantines y las vendoleras, metieron un camión por la calzada y sólo dejaron el limpio, se llevaron al Comandante requintado de moretones, botando espuma por la boca, lo metieron de cabeza en el camión y eso fue lo último que se supo de él.

"Eso de inocular me suena a un asunto del demonio". Fátimo no hacía caso a su madre, postrada en la cama como una momia faraónica, transparentada levemente por el mosquitero. Habían transformado el local de la barra en un redil, por la mañana llegaban dos hombres y una mujer vestidos con overoles blancos, destrancaban los candados y colocaban en la puerta un aviso pintado a mano, "se inocula contra la rabia". La costumbre era, que luego de un rato los dos hombres salían juntos del local y no volvían hasta la tarde, mientras que la mujer permanecía allí hasta la hora de cerrar.

A Fátimo la visión de la mujer le remordía la conciencia a tal extremo, que se enfrentó a su madre para recoger de la calle a un viejo perro de pulgas al que daba su propio desayuno. "Tú que estás en el puro hueso, ahora te vas a arreglar –le decía—, ésas sólo pueden ser cosas de tu padre,

que en paz no descanse." Fátimo no le prestaba atención, había determinado ir esa misma tarde y hablarle a la mujer, aunque todavía estaba cruzando la calle y no sabía qué decirle, y era verdad que el calor agobiaba, que se les empañaban los ojos a la gente, pero no era tanto como para hacer perder la cordura. En el lado opuesto de la calzada, un grupo de haitianitos jugaba a orinarse los unos a los otros. Este calor va a matar a alguien, un farol perdido escupe una luz inútil, amarilla en la sala de una casa, y es que aquí se trancan, decía, en pleno día se encierran a morirse estos moros del güiche, y para sacarlos hay que prenderles la concha como a los caracoles, qué vaina, con este sol hasta se le evapora el brillo a las postales.

De vez en cuando soplaban los alisios de la costa, y en medio de la calle se posaban las canciones perdidas de los barcos del Ozama, nos traemos el delta del río, la tenue llamada –cantaban—, piel canela trigueña mía, sufrían. Qué espanto, decía, tener que aguantar esto mientras el perro se planta en la rueda de un carro, tanto le costó arrastrarlo del collar improvisado para cruzar la calle, y ahora quién lo interrumpe, no me hagas una escena, acuérdate de los huevos salcochados y la hogaza de pan con ajonjolí, acuérdate que tienes que ser el único perro de este barrio que es de alguien, y así nomás, qué va, ya le embarraste la calzada al turco, ahora sí que nos jodimos, no te rompo el pescuezo porque no te conozco bien todavía.

La mujer estaba sentada ante un pequeño escritorio, y un abanico de largas aspas revoloteaba sobre su cabeza. Todavía las paredes exhalaban el tufo a ron y cerveza de la antigua cantina. Fue una frustración, la mujer sólo prestó atención al animal mientras él trataba de mascullas algo entre los dientes y aguantar la reprimenda de que, obviamente este perro tiene un dueño tan sucio y pelacallejones como se

colige por el mal olor y las cortadas en las patas, qué injusticia. De buenas a primeras Fátimo se vio de nuevo sentado en la calzada, matando hormigas con el perro a su lado aún quejoso de la vacuna. Uno de los niños que jugaba en la calle lo llamó con un silbido, y el animal acudió presto con el rabo marcando el ritmo de la liberación. Se dio cuenta entonces de los haitianos que permanecían a esa hora cobijados unos contra otros junto a las vituallas que les servían de abrigo, de los últimos paisanos que escondían las mecedoras ante la inminente muerte de la tarde, y entonces una diminuta lluvia de florecillas blancas lo sobresaltó, le hizo brincar de su asiento para percatarse de que era intensa y real, y que la calle comenzaba a inundarse de ellas. Gritó y tocó en todas las puertas de la calzada pero nadie respondió a su llamado, nadie sacaba un pie en la calle pasada la tarde y mucho menos miraría al cielo para contemplar el espectáculo imposible de una nube cargada de lilas aromáticas, recién cortadas del río y vaciadas impiadosamente sobre un diminuto grupo de haitianos, que habían comenzado espontáneamente a cantar y danzar en sus ritos arcaicos en medio del festival increíble y por primera vez desde que un día cruzaran la frontera, esperando el milagro que ahora les arremetía a manos llenas.

Tercer Premio Escultura 1998
"Sacrificio"
Federico M. Peña M.

Segundo Premio Cuento 1996

Réquiem

Henry Almonte Diloné

El día había sido agotador. El regreso a casa, un auténtico martirio; todavía escuchaba las bocinas del tránsito congestionado en las horas pico del anochecer y los gritos estentóreos de los pasajeros cada vez que el conductor del autobús se desviaba de su ruta original, tratando de evadir la congestión vehicular en las amplias intersecciones de las vías principales de la ciudad.

Percibió entonces que cada desviación del autobús le mostraba una panorámica distinta de la ciudad, su ciudad; sentía que podía llamarla suya, a pesar de los pocos años transcurridos desde que llegó de su pueblo natal con sus escasas pertenencias a cuestas: veintipocos años de edad, un certificado de suficiencia de estudios secundarios y un proyecto de vida en su equipaje.

Así, sintiendo sobre su rostro los impactos intermitentes de algunas gotas de la tenue lluvia que se colaba por las caries que adornaban las ventanillas del autobús en marcha, llegó a la conclusión de que existía una relación directamente proporcional entre el radio de esas desviaciones y el conocimiento que él tenía de su ciudad.

Supo, de ese modo, que los altos edificios de las avenidas primarias servían, entre otras cosas, como pantalla para cubrir la vergüenza de los barrios marginados; se percató del contraste entre la asfaltada epidermis de esas vías y

Y, finalmente, el ¡hágase la luz! con que la empresa eléctrica estatal premiaba algunas noches la obligada espera del fluido; entonces se repetía el ritual: la alegría repentina porque llegó (y es que a fuerza de costumbre nadie protestaba cuando se iba); el baño rápido ante la posibilidad de que la energía eléctrica se fuera nuevamente (con lo molesto que era quedarme medio enjabonado); las llamadas telefónicas de rigor (con la manía recurrente de marcar el 9 como si todavía se encontrara en su trabajo); la revisión de las facturas por pagar (comprobando contra toda lógica que era posible aumentar el cobro de un servicio inexistente).

No obstante se sentía esencialmente feliz; dispuesto a agotar todos los recursos para que nada ni nadie empañara la legitimidad de su alegría.

Aprovechó entonces ese punto alto de su alegría pendular de modo que completó sus tareas habituales prácticamente sin darse cuenta: la preparación de una cena frugal y el cálculo de lo que comería en su trabajo al día siguiente; el examen de las ropas que usaría; la ropa sucia en la bolsa plástica; la provisión de agua, por si acaso, para sus abluciones matinales; la revisión de una agenda que casi nunca cumplía, pero que noche a noche elaboraba cuidadosamente.

Era un hombre feliz, dispuesto a ensayar su alegría diariamente.

3

A estas alturas apresuró el paso, auscultó el refrigerador buscando unos improbables cubos de hielo para el infaltable vaso de agua sobre la mesita de noche; manipuló como todo un experto un reloj de pared que alguna vez adquirió en una subasta, de modo que un gallo metálico (que despertaba en él ancestrales instintos asesinos), lo tiraría literalmente de la cama a las 6:00 a.m. de cada día.

Tenía una urgencia especial por completar su programa de ese día; hacía tanto tiempo que no se sentía de ese modo, alegremente cansado después de una jornada agotadora.

Pensó entonces que esa alegría debía ser la cura de su insomnio y eso disparó su adrenalina; por eso sorbió ávidamente el digestivo que tomaba por las noches, buscó entre las gavetas afanosamente la media de nilón con la que cada noche aplacaba la permanente rebeldía de su pelo, colocó la pequeña lámpara de noche de forma que le permitiera revisar con comodidad las hojas del periódico, echó mano al control remoto con que repasaría los canales locales y los del telecable, desdobló las sábanas, puso su mosquitero... no había tiempo que perder... estaba rabiosamente dispuesto a cerrar ese día con un sello infalsificable de alegría.

Por un momento su mirada se encontró con otro par de ojos que lo espiaban desde el espejo y se sonrió a sí mismo con cierto aire de complicidad; aunque decía no creer en cábalas deslizó sus sandalias cuidando que quedaran en forma de cruz bajo la cama y se metió feliz entre las sábanas.

Se sentía feliz y dispuesto a descansar con placidez; por ello, al desdoblar el periódico y sentirse casi salpicado por un titular que destilaba sangre a chorros, al ver ampliada esas noticias en los tv-informativos de la noche, se reafirmó en el criterio de que nada ni nadie le robaría su alegría.

Por eso sonrió levemente antes de hacer con el periódico una bola roja, encestándola en un viejo canasto de ropa colocado en una esquina; se negó a ver los noticiarios; apagó la tv con su control remoto y se durmió plácidamente hasta las 6:00 de la mañana del día siguiente.

Mención de Honor Pintura 1998
"El paraje"
Marcela Pérez de Martí

Segundo Premio Cuento 1995

Las dagas del deicidio

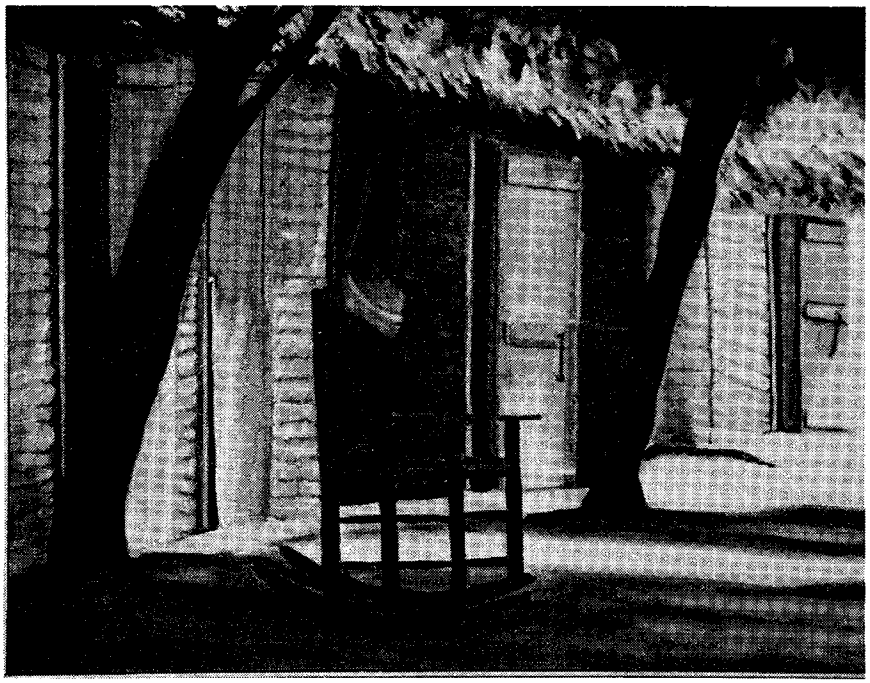
Juan Manuel Prida Busto

El desconcierto lo anegaba todo. Había llegado a los altares la marejada de descrédito que tiempo atrás se había iniciado como sutil ola que lamía los pies del hombre. En nada se creía, más que en lo visible. El mundo daba tumbos como noria desencajada. Cada golpe de espanto traía recuerdos, reminiscencias de épocas en las que había algo que adorar más allá de los sentidos. Se recurría entonces a lo insondable para dar reposo a la carne, a la turbulencia de los ciclos del entorno. La memoria se había vuelto caja de caudales de mejores épocas. Profanada, su interior albergaba las dagas del deicidio. El hombre había cambiado lo trascendente por lo fútil, haciendo de lo cotidiano pan de vida efímera. El manjar eterno lo había apartado de su mesa, atiborrándose de alimentos que no hacían sino dar más hambre de vacuidad. Se navegaban los fiordos de la vida sin brújula, sin mayor orientación que la marcada por el orto y el ocaso. Y, pasajero de lo pasajero, el hombre daba traspiés sin cesar, cayendo en las encerronas de la materia, que le dejaban exhausto, sin horizontes. Un prominente constructor, de elevadas ideas, quiso poner fin a la maraña de confusión, de desatinos que amordazaban los alcances del alma. Se dio a la tarea de erigir una monumental obra. Ante el estupor general, la edificación proseguía a golpe firme, al ritmo de quien tiene la convicción del atinado discurrir en su haber.

Iban y venían los albañiles en incansable esfuerzo por concluir una fecha precisa. De sobrio porte y esmerada terminación, llegó a su fin el trazado tres días antes de su prevista inauguración. Tan regia fue su prestancia, que el soberano declaró aquel, sin saber aún los propósitos albergados en la mente del arquitecto para tan sublime obra, día de la esperanza. El artesano, llamado a palacio, recibió con sorpresa la noticia. Me llena de regocijo la designación del día inaugural de mi obra, iba a llamarla Salón de la Esperanza, y tus luces se han adelantado a mi intento, manifestó al soberano en la sala de audiencias. Abrió sus puertas un atardecer en que la población languidecía, llagada la carne ante la ausencia del espíritu. Empezó a acudir un público variopinto que con estupor se detenía ante la gran planicie descarnada, carente de todo mobiliario que moviese al recogimiento. Rostros observadores en principio dieron paso a francas manifestaciones de silenciosas plegarias que sobrevolaron el ambiente con aleteo de piedad. Algunos traían sillas y allí pasaban horas ensimismados. Otros vinieron con imágenes que fueron ubicando aquí o allá. Luego de un tiempo, el Salón de la Esperanza se convirtió en centro de adoración, de cultos sin fin. Cada cual era dueño de su dios, y allí lo llevaba para darle cobijo en la magna estancia. Empezaron a soplar aires distintos, cargados de nuevas energías, de verdaderas fuerzas que fueron repartiendo esperanzas por todos los rincones humanos. Se convirtió el lugar en centro de peregrinación. Llegó un momento en que la afluencia de devotos fue tal, que reinó la mayor confusión, la de creerse cada cual amo de la verdad. Se adoraba a esta o aquella deidad. Se cantaba a este o aquel dios. Se oraba ante este o aquel ídolo en forma desordenada, como anárquicas eran las fuerzas de las motivaciones allí agrupadas. Tal fue la compleja maraña de creencias que

empezó a fluir del hombre luego de su oscuro naufragio en la materia, que cayó la especie en el desconcierto de la lucha proliferación a mansalva de credos, peticiones, promesas y horizontes en sus mentes. Se iba con intención de adorar un ídolo y se terminaba idolatrando otro, cualquiera, ante la imposibilidad de llegar a su presencia. Tan abrumadora fue la proliferación de imágenes, de fetiches desplegados por la estancia, que las plegarias de los reunidos en piadoso culto se cruzaban unas con otras, chocando en el aire, desviándose por la potencia de las distintas deidades, por el encontronazo de pedidos, y yendo a caer a otros dioses desconocidos, que las desechaban por no conocer a su vez al remitente de la súplica, o por ser imposible, luego de concedido el deseo de vigilar el cumplimiento de la promesa y echar un ojo a los propósitos y decisiones del penitente. Nombres y preces se mezclaban en el correo divino. Las cosas fueron a más hasta que el caos creado por el batiburrillo de creencias obligó una tarde a cerrar la cancela del salón. A la mañana siguiente, las puertas de acceso a la esperanza quedaron abiertas en horario habitual. Los primeros en ingresar al recinto de las devociones quedaron sorprendidos al contemplar la estancia desnuda de deidades, de altares, de los vistosos ídolos allí dispuestos para adoración. Salieron en busca del encargado, del silencioso anciano que a diario recorría los pasillos con aire pío, en apariencia despreocupado, mas entregado de lleno a la custodia del santuario. Le pidieron cuentas cargados de temor y dudas. Atribuyeron al caos del día anterior la decisión de quitar toda manifestación piadosa. Darían garantías de que no se iba a repetir el tumulto, el alboroto colectivo, producto de la exaltación fervorosa de los creyentes. Se sintieron desnudos de horizonte, tronchado su porvenir por las prerrogativas de los regentes del santuario. Quien tenía a su cargo el salón no halló suficientes palabras

para explicar lo inexplicable. Con aire conturbado manifestó, mientras caminaba encabezando el grupo de regreso al salón, que al hacer la ronda matutina halló vacío de creencias el lugar, y que sólo encontró lo que en seguida les mostraría, que no era responsable de nada, y que al igual que ellos el asombro hizo presa de su ánimo. Conduciéndolos a un rincón, señaló su hallazgo a los presentes. Un pequeño espejo tenía a sus pies una breve inscripción, la verdad. Ante su reflejo se postraron con veneración. En lo sucesivo, las oleadas de visitantes peregrinaban a las fuentes de sus íntimas reconditeces, saliendo de allí reconfortados al encontrarse cara a cara, sin intermediarios, con la verdad.



Mención de Honor Pintura
"La espera"
Emilia Linares

Tercer Premio Cuento 1997

La conclusión de Veraldorso Soto

Ramón Echavarría

Aquella mañana los aprestos del viaje eran tan agitados como la larga agenda a realizar en los siguientes días, distribuyendo equipos e insumos a lo largo y ancho de la Región Suroeste. Veraldo afanosamente ubicaba la carga en su caminón en los lugares más apropiados, tanto para la preservación como para que el orden de estibamiento estuviera en el de los diferentes poblados y lugares donde debía descargarla, por eso sus constantes rebatiñas con Pablito "Pan Blanco" –su ayudante—, reflejaban sus beneficios al momento de entrega, cuando de acuerdo con la lista cada paquete era de fácil localización para ahorro de tiempo y trabajo.

Al iniciar la rechinante marcha del estruendoso vehículo, Veraldo escuchaba con sumisa atención las vehementes instrucciones del Ingeniero Leonte –Jefe de Suministro— sobre la necesidad urgente de la entrega de su carga para cada uno de los acuerdos citados en la lista y su compromiso con "las instancias superiores" de eficientizar los mismos para disminuir los reclamos populares ante las precariedades de esos servicios.

A su llegada a cada poblado, las calles y caminos experimentaban de pronto un inusitado movimiento de transeúntes, mientras Veraldo, botella de ron en bolsillo trasero y lista en mano, enumeraba los artículos a descargar,

los cuales chequeaba celosamente, ya que Pan Blanco, no obstante ser su ayudante de toda la vida, solía equivocarse con frecuencia, pero lo prefería, por ser hombre honrado, que cualquier otro "avivato" pues aunque fuera loquito, jamás sería capaz de "clavarse" una pieza –refiriéndose a la característica conductual de su oligofrénico ayudante.

Aun con su escasa intuición, Pan Blanco advertía un entusiasmo inusual en Veraldo, que se revelaba en la reducida frecuencia que se daba sus "petacazos", lo que no entendía, por tratarse de una ruta más larga e inhóspita que la Región Nordeste, donde por once años realizaban estas labores. Por eso Pan Blanco quiso satisfacer su curiosidad preguntándole con un acento de miedo y respeto:

—¡Oiga Veraldo!, ¿a qué se debe tanta alegría, e que uté no conoce el Sur?

—Mi... mi...ra Pan Blanco, lo que pasa e que yo por fin voy a conocer el lugal que tiene el mismo nombre que yo, y... y... voy a verigual en honol a qué Santo o a qué persona, pa... pa... yo eplicale a lo que me joden tanto co... con este fuñío nombre –replicó Veraldo con su incipiente tartamudez alcohólica.

Concluída la entrega en el poblado de "Vengan a Ver", figuraba a continuación el nombre del lugar anhelado para Veraldo hacer sus investigaciones onomásticas. Al pie de la página 32 la lista se detallaba.

Para ..... ver al dorso.

Desde entonces, empezó el viacrucis para localizar es lugar, cuestionando a lugareños, viajeros, puestos militares, etc.

¿Por dónde se llega a "VERALDORSO?"

Aunque nadie pudo precisarle, las respuestas nunca fueron negativas, porque en realidad, ni los más conocedores de la región, aunque no les orientaba el nombre mencionado

les sugería el de un lugar, sobre todo en ese Sur donde existen tantos nombres exóticos, quizás por la influencia fronteriza, lo que mantenía vivas las expectativas de encontrarlo. Así llegaron a Baitoa, El Limón, Boca Cachón, La Descubierta.

Después de tres días recorriendo las polvorientas y agrestes carreteras en la ribera del lago, ya agobiados por los infructuosos esfuerzos, Veraldo se dirigió al primer puesto militar a llamar por "fonía" al Ingeniero Leonte, para tratar de explicarle el retraso de su viaje.

Veraldo recibió instrucciones precisas de retornar a la Oficina Central después de comunicarle al Ingeniero Leonte su imposibilidad de encontrar la comunidad de "VERALDORSO", pero el ingeniero tampoco se percató del significado de tal "nombre" quien por su onomatopeya pensó:

"Ese lugar como que me suena".

Al cabo de cuatro horas, con sentimiento de frustración por lo nunca ocurrido en trece años al servicio de la institución, Veraldo se presentó en el despacho del Ingeniero. Lista en mano le explicó las peripecias realizadas para encontrar "ese fuñío lugar" al tiempo que señalaba con el índice de su diestra al pie de la página 32:

"Para..... Ver Al Dorso".

En el rostro del Ingeniero se dibujó una mezcla de risa y cólera, pero su indignación no le permitió reconsiderar tanto las limitaciones académicas, ni la trayectoria de servicio de Veraldo, a quien suspendió, más bien por apoderar la culpa en la parte más fina del cordón a fin de establecer responsabilidades y sus consecuencias ante la situación creada por su confusión, despojándolo de las desgastadas llaves del camión que con tanto celo cuidó durante tantos años de trabajo.

La población laboral de la institución en actitud soli-

daria expresaba su pesar por lo sucedido, posibles alternativas de solucionar el caso y explicarle el significado de esa frase al pie de una página.

Creció entonces la indignación de Veraldo, pues no creía posible que sus padres incurrieran en el mismo error y condenarlo de por vida, no sólo a ese nombre, sino a las consecuencias que de momento pasaba a causa del mismo. Fue por eso que precipitadamente se dirigió a casa de su madre, a quien abruptamente le exigió que le explicase el origen del mismo.

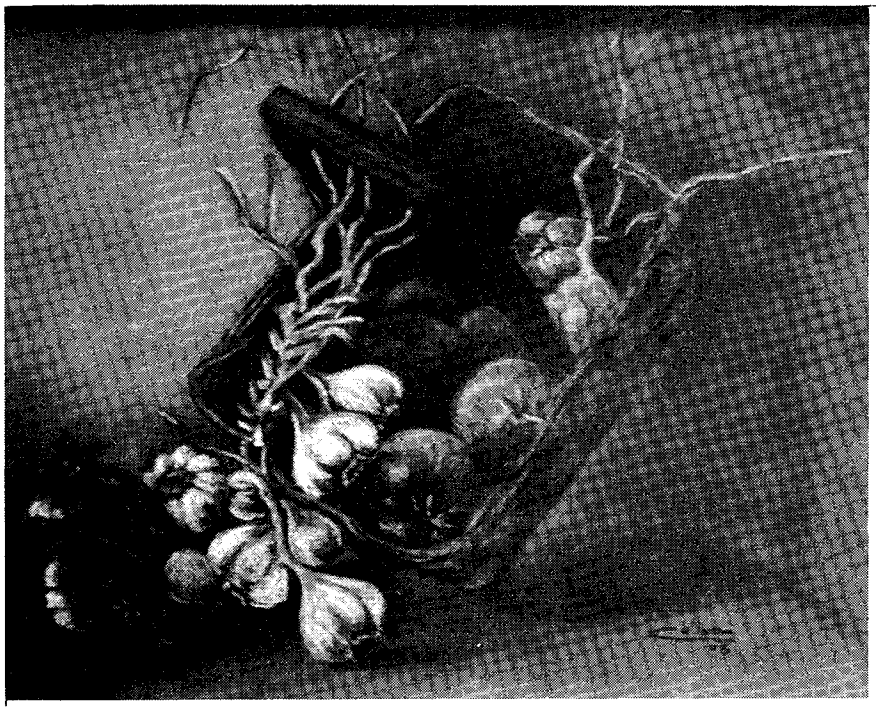
Doña Bruna, mujer de asiduidad religiosa inquebrantable, le exigió que se calmara mientras buscaba la documentación escrita que justificara el nombre. Mientras Veraldo esperaba en el limitado entorno de la modesta sala de mobiliarios antiquísimos, en las crujientes oscilaciones del balanceo de una mecedora centenaria, al cabo de media hora apareció Doña Bruna con un raído ejemplar de un almanaque de Bristol, hojeando sus amarillentas páginas, susurrando su texto, con voz entrecortada y movimientos parkinsonianos, leyendo minuciosamente cada reseña:

"A... agua de Florida de Murray y Lanman... Tricófero de Baari... ¡ah!... ¡ah!... ¡aquí ta, tú naciste el 31 de agosto de 1949" –su dedo índice seguía la columna de las fechas hasta el pie de la página donde leyó:

"31 de agosto... Ver al dorso".

Doña Bruna lo miró con cara de convencimiento de haber satisfecho su inquietud, pero Veraldo asociando la fatal coincidencia entre el origen de su nombre y el final de su trabajo concluyó:

—¡LA LEALTAD A ESE JODÍO LIBRITO A MÍ Y A MILES DE GENTES NOS HA DESGRACIA'O LA VIDA!



Mención de Honor Pintura 1998
"Bodegón en pastel"
Celina Fondeur

VEREDICTO
DEL CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA BANCENTRAL 1998

ARTE
CATEGORÍA ESCULTURA

Primer Premio
Obra: Primavera fecunda
Seudónimo: Whallys
Autor: Domingo De la Cruz

Segundo Premio
Obra: El muro de Berlín
Seudónimo: Whallys
Autor: Domingo De la Cruz

Tercer Premio
Obra: Sacrificio
Seudónimo: Santa
Autor: Federico M. Peña M.

CATEGORÍA PINTURA

Primer Premio
Obra: El gallero
Seudónimo: Maella
Autora: Marcela Pérez de Martí

Primer Premio
Obra: Nostalgia campesina
Seudónimo: Samuel
Autor: Robinson Antonio Peña Pérez

Segundo Premio
Obra: Bodegón
Seudónimo: Eva
Autora: Mairena Molina

Segundo Premio
Obra: Bodegón de naranjas
Seudónimo: Samuel
Autor: Robinson Antonio Peña Pérez

Tercer Premio
Obra: Casita de campo I
Seudónimo: Emilé
Autor: Geraldo Pimentel Ramírez

Tercer Premio
Obra: Evolución del arte
Seudónimo: Eligio Pichardo
Autor: José Alberto Jiménez

Menciones de Honor

Obra: El paraje
Seudónimo: Maella
Autora: Marcela Pérez de Martí

Obra: La espera
Seudónimo: Lía
Autora: Emilia Linares

Obra: Bodegón en pastel
Seudónimo: Tulipán
Autora: Celina Fondeur

LITERATURA

CATEGORÍA CUENTO

Primer Premio
Obra: Resurrexo
Seudónimo: Taíno
Autor: Henry Almonte Diloné

Segundo Premio
Obra: Ambigüedad
Seudónimo: Primavera
Autora: Mirthá Celeste Disla Díaz

Tercer Premio
Obra: La imagen de tu corazón
Seudónimo: Miel
Autor: Elvis Soto Batista

APÉNDICE

Notas biográficas de los autores[1]

Henry Almonte Diloné nació en Santiago de los Caballeros en 1958. Es Ingeniero Civil, Economista y Comunicador Social. Cultivador ferviente del soneto y del cuento, ha publicado "De lo humano a lo divino", libro de sonetos, y cuentos dispersos en diferentes periódicos y revistas de circulación nacional. Ingresó al Banco Central en 1989 como Subdirector de Ingeniería y Planificación de INFRATUR; actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales del Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO).

Luis José Bourget García nació en Santo Domingo en 1966. Es Técnico en Administración de Empresas y estudiante de economía en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Labora en el Departamento de Presupuesto del Banco Central de la República Dominicana y es Vicepresidente de la Fundación de Ayuda Comunitaria, Inc. Aficionado a la lectura, la escritura y la Internet. Obtuvo el Tercer Premio en el Concurso de Ensayos de la Revista Amigo del Hogar (1984). Ha obtenido varias menciones de honor en el Concurso de Cuentos de Casa de Teatro (1994, 1995 y 1996), y recibió una certificación de finalista en el Concurso de Cuentos Juan Rulfo, en Francia (1994).

---

[1]Estas notas biográficas fueron confeccionadas por los propios autores.

Domingo De la Cruz nació en Santo Domingo en 1968. Bachiller en Ciencias Físicas y Matemáticas, se graduó de Mecánico en Refrigeración Industrial y de Soldador en el Instituto de Formación Técnico Profesional. Desde 1992 trabaja en el Instituto Dominicano de Tecnología Industrial, como Auxiliar de Mantenimiento. Escribió sus primeros versos cuando cursaba estudios en la Escuela "La Trinitaria". En 1988 publicó en diarios de circulación nacional y realizó presentaciones artísticas en televisión, clubes y pueblos del interior.

Mirtha Celeste Disla Díaz nació en Santo Domingo. Se graduó de Licenciada en Contabilidad en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente labora en el área de Contabilidad FIDE (DEFINPRO) en el Banco Central de la República Dominicana. Desde muy temprana edad se sintió atraída por la buena lectura, encontrándose entre sus escritores predilectos Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, J.J. Benítez y el Dr. Joaquín Balaguer. Según sus propias palabras, escribe las cosas que podrían ocurrirle al vecino o a nosotros.

Ramón Echavarría nació en el municipio de Luperón, en Puerto Plata. Egresado de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde se graduó de Doctor en Medicina. Realizó estudios de Administración y Dirección de Servicios de Salud en el Instituto Tecnológico Dominicano. Ha ocupado varias posiciones en la Secretaría de Estado de Salud Pública y Asistencia Social, SESPAS. Ha publicado trabajos en diferentes áreas de la salud, temas literarios y diversos artículos de opinión en periódicos nacionales. Actualmente se desempeña como Jefe de División del Consultorio Médico del Banco Central.

Celina Fondeur es Licenciada en Derecho. Se inició en el servicio público en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, como Auxiliar de Asuntos Generales, al tiempo que cursaba estudios de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Gregg. Conocedora de aspectos administrativos, normativos y de procedimientos, se involucró en la parcela protocolar y luego al servicio exterior, donde le esperaban nuevas experiencias. Al regresar a Santo Domingo fue Subdirectora de la Dirección General de Pasaportes. Se integró al Banco Central en 1985, ocupando diferentes cargos, hasta el de Directora del Departamento Cultura, puesto que ocupaba cuando fue jubilada en 1995.

José Alberto Jiménez nació en Santo Domingo en 1964. Actualmente cursa estudios de Licenciatura en Desarrollo Agrícola en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Ha realizado estudios de pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Desde 1989 labora en el Departamento de Emisión y Caja del Banco Central de la República Dominicana. Su mayor meta es la de hacer "Historia en el Arte," siempre siguiendo con la temática de la cultura taína.

Emilia Linares nació en Santo Domingo. Es Diseñadora de Interiores, egresada de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Labora en el Banco Central de la República Dominicana desde 1994, en la Subdirección de Ingeniería y Conservación de Edificaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana. Ha participado en varios cursos y seminarios relacionados con su carrera, las artes y el desarrollo personal. Ha participado en otros concursos obteniendo premios y menciones de honor.

Mairena Molina nació en Santo Domingo en 1959. Se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras en el Colegio Santa Teresita, donde inició sus conocimientos sobre dibujo con el profesor Carlos Báez. Cursó estudios universitarios en la Universidad APEC, graduándose "Cum Laude" en Administración de Empresas. Actualmente ocupa la posición de Coordinador Administrativo en el Departamento de Recursos Humanos del Banco Central de la República Dominicana.

Robinson Antonio Peña Pérez nació en Duvergé, Pedernales, en 1967. Desde muy pequeño se sintió atraído por las artes plásticas, por lo que relizó estudios de dibujo por correspondencia en Modern Schools, obteniendo el título de Dibujante. Es locutor desde 1984. Ha realizado estudios de pintura con Alberto Bass, en un curso auspiciado por el Banco Central, y con el pintor y arquitecto Germán Ricardo. Es Ingeniero de Sistemas de Computación y desempeña el puesto de Analista Programador III del Departamento de Sistemas y Tecnología del Banco Central de la República Dominicana.

Marcela Pérez de Martí nació en Santo Domingo en 1936. Realizó sus estudios en el Colegio Luis Muñoz Rivera, obteniendo el título de Commercial High School. Comenzó a laborar en el Banco Central de la República Dominicana en 1966, desempeñando labores secretariales durante diez años. Su inclinación por las artes comenzó al ser pensionada en 1993, ya que pudo disponer de tiempo para participar en los cursos de pintura al óleo, dirigidos por la profesora Miriam Miniño, auspiciados por el Plan Cultural del Departamento de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central, así como en la Academia de Pintura de Guillo Pérez.

Geraldo Amable Pimentel Ramírez nació en El Cercado, San Juan de la Maguana, en 1966. Cursó sus primeros estudios en su región de origen. En 1984 se trasladó a Santo Domingo e ingresó a la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero en Sistemas de Información, en 1989. En 1992 ingresó al Banco Central de la República Dominicana, en el área de informática del Departamento Administrativo de Recursos Especializados, hoy DEFINPRO, actualmente labora. En 1996 ingresó a la Escuela de Arte Germán Ricardo donde comenzó sus primeros pasos en la pintura.

Juan Manuel Prida Busto nació en Santo Domingo en 1956. Cursó estudios de Economía en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y de Historia en la Universidad Católica de Santo Domingo. Ha publicado varios libros de cuentos: "Huellas en la niebla" (Premio Anual de Cuento 1990), "Pieles a mi piel" (1992), y "Arena de soledad" (1994). Tiene inédito un cuarto libro de cuentos: "En la luz de la noche". Colabora con diarios y revistas nacionales y extranjeros. Actualmente trabaja en la preparación de una obra que recoge sus artículos publicados en el periódico "Hoy"

Elvis Soto Batista nació en Tamayo, Neyba, en 1968. Vino a residir a Santo Domingo en 1984, integrándose de inmediato a las actividades culturales de su nuevo barrio, participando en actividades teatrales y literarias. Graduado de Ingeniería de Sistemas en la Universidad Dominicana O&M, en 1992, realizó también estudios de Administración de Archivos Administrativos en el Archivo Nacional de Costa Rica, en 1995. Actualmente se desempeña como Encargado del Centro de Documentación de la Secretaría del Banco Central de la República Dominicana.

Esta primera edición de Obras Premiadas. Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1998, consta de 1,000 (un mil) ejemplares y se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de julio de 1999.

BANCO CENTRAL DE LA REP. DOM.
-DONADO-
DEPARTAMENTO CULTURAL